



Año XXXIII—Madrid, Jueves 31 de Julio de 1913.— Núm. 31

EUROPEAS:
Rivadavia, 1885
BUENOS AIRES

Sol y Ortega

Ha estado enfermo de gravedad, pero ya está fuera de peligro.

Felicitémonos los republicanos, porque es uno de los hombres que honran al partido por su gran entendimiento y su desinterés absoluto.

Y si, como le he dicho alguna vez, fue-se en todos los momentos de su vida política, lo que es en algunos momentos, nadie osaría disputarle el primer puesto.

Recordadle en su magistral oración en las Cortes a raíz del fusilamiento del capitán Clavijo.

Y en aquel soberbio discurso contra Maura, que dió por resultado lo la grandiosa manifestación en el Prado.

Y en la gallardía con que se presentó en Madrid, hallándose en el extranjero, cuando los conservadores, para deshacerse de enemigo tan poderoso é irreducible, le complicaron en los sucesos de la Semana Trágica.

Y en el valor cívico con que acusó de prevaricación á una Sala del Tribunal Supremo.

Y en la modestia, rayana en la pobreza, en que vive, por no ceder en su actitud de constante rebelión, de hecho y no de palabra, contra todo aquello que considera injusto; actitud que ahuyenta de su bufete á todos los que buscan la justicia por el camino del favor. Por esto es el único republicano de renombre que tiene que preocuparse cada noche del día siguiente.

Lo repito: felicitémonos de que un hombre de tan excepcionales condiciones se haya salvado de la muerte, y lamentemos que el Sol y Ortega de ciertos momentos no sea el Sol y Ortega de todos los momentos, porque prestaría al partido tantos servicios, como prestigio y respetabilidad le da por la sencillez con que vive y por su constante apartamiento de todos los lugares donde se medra.

JOSE NAKENS

De veraneo

Dije al comenzar esta última escaramuza política, que no venia á sostener polémicas, sino á hacer público lo que opinaba acerca de la situación creada al partido por el pase de Melquíades á la Monarquía, la ayuda indirecta ofrecida á esta institución por Azcárate, y las afirmaciones gubernamentales de Lerroux; añadiendo que lo hacía con el exclusivo propósito de demostrar que no le queda-

ba otro recurso al partido republicano para recobrar su fuerza, su vigor y su autoridad menoscabadas, que organizarse por provincias.

Pero como esta idea no ha sido aún aceptada, pues sólo he recibido una adhesión clara y explícita; y como por otra parte parece que hay empeño en meterlo todo á barato para que la mirada de los republicanos se aparte del punto á que debe dirigirse, me he dicho:

«Va á ser muy cómodo á los unos y á los otros, á los partidarios de Lerroux, como á los de Melquíades, echarme el muerto de las veleidades, ó las torpezas, ó los calculados cambios políticos de sus jefes, como si yo hubiera inventado lo de que el uno se va á la monarquía y el otro ha amalnado en su actitud fieramente revolucionaria. Las contestaciones que sus periódicos dan á lo que escribo, me indican que á eso se tira.

Y como yo no debo hacer á sabiendas el juego á nadie, sino á la República; y como he visto estos últimos días que se entra en terrenos donde yo nunca entré ni quiero entrar, bien por vengarse de agravios sufridos, bien por satisfacer odios reconcentrados; yo, que ni odios contra nadie abrigo, ni agravios que vengar tengo; yo, que mientras creí que Lerroux podía y quería hacer la revolución estuve á su lado sin confundirme con él; yo, que combatí á Melquíades cuando alzó la bandera del nuevo partido, y cesé de hacerlo en cuanto un amigo con quien él habló me dijo que realmente trabajaba por derribar la monarquía; yo me aparto ahora á un lado y allá que ventile sus asuntos personales quien los tenga.

Y con este fin, y aprovechando la estación en que estamos, envío á veranear, ya que yo no pueda hacerlo, á la idea de reorganizarnos por provincias, á ver si allá para Octubre retorna robustecida por los aires de la reflexión.

Y después de decirme esto, pensé en que debía decir á mis lectores:

«Me afirmo y ratifico en cuanto he escrito acerca de la ida de Melquíades á la Monarquía.

Igual hago en lo referente á la actual actitud de Lerroux, repitiendo que ya no me inspira como revolucionario la confianza que antes.

Y dejo al Tiempo el cuidado de confirmar cuanto he dicho, aunque me alegraría que me desmintiera respecto á Lerroux, pues sería señal de que habla vuelto á ser lo que fué. Y no digo lo mismo de Melquíades, porque este es ya un caso completamente peralido.

Y voy á terminar, dando las gracias á

los periódicos que defienden la política de uno y de otro, por las atenciones que me han guardado al contestar á mis escritos; esto me prueba que están convencidos de que, acertado ó equivocado, mi intención es siempre servir la causa de la República, no mi particular interés.

Como estarán convencidos también de que me hubiera sido fácil responder á sus objeciones, desvanecer algún error juicio, rechazar algún sofístico argumento... ¿Mas para qué, si yo no he tratado sino de fijar mi opinión, y ver si por día restar reformistas á la Monarquía, y convencer á los radicales de que su jefe se ha aorotado del camino que seguía?

Recuérdese al Lerroux del hermoso artículo *Mi evangelio*, publicado en *La Campana de Gracia* el 7 de Abril de 1906, con el Lerroux de ahora, y dígaseme si tienen algo de común como no sea el apellido. Aquel valiente artículo terminaba con esta frase:

«Para derribar la monarquía, no son actas ya lo que necesitamos, sino fusiles y brazos que los esgriman y verdadero espíritu de rebelión.»

¡Y hoy, á los siete años de lanzada esa frase, á la que precedieron y siguieron otras no menos ardorosamente revolucionarias, Lerroux recomienda que se haga un poco de revolución cada día, cual si á esta tremenda manifestación de la cólera justiciera de los pueblos, pudiera aplicarse el procedimiento de la viña que hilaba el copal.

¡Y tiene que confesar de paso, que no cuenta ni con un fusil de aquellos que tanta falta hacían ya en 1906, sin duda porque, ocupado en repartir las actas que ya por aquel entonces eran innecesarias, no ha tenido tiempo de dedicarse á armar los miles de brazos que se le ofrecieron precisamente para eso, para que los armara!

¡Y á la vez, y cual *inri* puesto á aquella frase, se ve obligado á pronunciar discursos para contener el terrible apetito de actas que ha despertado en los años el ejemplo de los que han hecho de ellas sudarios para envolver la honra del republicanismo!.....

Quedamos, pues, queridos lectores, en que allá para Octubre reanudaré mi campaña en pro de la reorganización por provincias, á menos que no surja otra idea más eficaz y más rápida para poner término al desbarajuste á que las fracciones nos han traído, pues en este caso, ayudarla á quien la emitiese.

Primera adhesión

La Voz de Astorga dice, á propósito de mi proposición para que se organicen autónomamente las provincias.

«De acuerdo estamos, maestro, de acuerdo con esa ú otra parecida fórmula de organización verdad del republicanismo español numeroso, fuerte, que para ser tan potente como debiera serlo por los elementos conque cuenta, sólo le hace falta organización adecuada.

En poblaciones como Astorga y en provincias como la de León, las zagalardas actuales de los cabecillas republicanos no han hecho mella.

Como aquí no hay partido reformista, radical, etc., sino partido republicano y *republicanos* organizados con total autonomía, y aquí no tenemos jefes; como aquí no dependemos de jefaturas personales, no hemos sufrido cambio ni alteración por los actos de Alvarez, Lerroux, Azcarate, etc., personajes muy respetables y muy equivocados, y seguimos nuestra marcha «camino adelante.»

Creemos que Nakens, por su prestigio y su carácter debe seguir machacando como lo hizo en 1903 y no cejar hasta lograr la Asamblea y organización que defiende.

Nuestra modesta adhesión es segura.»

La confesión

Su necesidad.—Elección de confesor

I

Necesitan este sacramento cuantos han tenido la desgracia de pecar mortalmente después del bautismo.

Si la pobre naturaleza humana no fuese tan frágil, si pudiéramos conservar para siempre el estado de pureza que adquirimos en el santo bautismo, la confesión sería innecesaria.

Peró somos débiles. El pecado nos atrae, como atrae el abismo, y caemos en él.

Dios, que no quiere la muerte del pecador, sino que se arrepienta y viva, nos ha dejado en la penitencia el medio de rehabilitarnos, de borrar nuestras culpas, de recuperar su gracia.

Para desempeñar tan augusto ministerio no ha designado á los ángeles, porque estos seres purísimos se avergonzarían de oír nuestras impurezas; porque ellos, incondicionalmente adictos al Señor, se escandalizarían al saber nuestras ingratitudes para con El. Por esto ha designado hombres, que aunque investidos especialmente para ese ministerio, hombres son al fin como nosotros. Acaso tengan nuestras pasiones; tal vez nuestras mismas debilidades. Y si no las tienen ¿quién duda que están expuestos á tenerlas?

Admiremos la sabiduría del Altísimo que nos ha dado por confesores, no ángeles ante quienes retrocederíamos espantados, sino hombres que conocen nuestras miserias y saben compadecerlas.

He de ser parco en encarecer la nece-

sidad de la confesión. Es el freno contra la corrupción y la norma de las buenas costumbres. Ella sostiene el respeto á la autoridad doméstica y pública, á la propiedad, á todos los derechos legítimamente constituidos.

Si los arguyen diciendo que en algún país católico las cárceles están llenas de parricidas y ladrones, debéis afirmar que esas gentes, ó no se confiesan, ó, lo que es peor, se confiesan mal, incurriendo en terribles sacrilegios.

No puede ser de otro modo.

II

¡La elección de confesor!

He aquí un punto en que deben fijarse muy especialmente las almas piadosas.

No hay confesores malos, es verdad; pero los hay buenos, y los hay mejores; y en asunto tan principallísimo no debemos contentarnos con lo bueno, sino buscar lo mejor.

Se trata nada menos que de encontrar un sacerdote á quien franquear sin recelos nuestra conciencia; hacerle confidente de nuestros más íntimos secretos; entregarle, por decirlo así, las llaves de nuestro corazón.

De su celo ó de su tibieza depende nuestra salvación. Si es severo para hacernos cumplir nuestros deberes, al par que compasivo para condolerse de nuestras faltas; si á la severidad del juez une la bondad del padre; si en los momentos de desaliento nos anima y en los de extravío nos reprende enérgico, habremos encontrado un buen confesor.

Mas ¡ay, escasean éstos tanto! Son tantos los sacerdotes que, de buena fe sin duda, dejan pasar montes y montañas á sus penitentes!

Su buena fe los ciega á veces, sus mejores propósitos los extravían, y como dijo no recuerdo quién, plagando á Cristo:

«Si un ciego guía á otro ciego en el abismo dan luego».

Aplazo para otra ocasión el disertar más extensamente sobre el sacramento de la penitencia, pues dada su importancia, se presta á largas disquisiciones.

Sólo os encarezco un especialísimo cuidado en la elección de confesor. Bueno es para estos casos el clero secular; pero mejores son las Ordenes monásticas, que no se ven, como aquél, obligadas á vivir entre la barahunda mundana.

Y entre las Ordenes monásticas, ¿quién duda que la mejor es la inclita Compañía de Jesus, inagotable vergel de confesores sabios, prudentes, celosos y caritativos?

J. N.

El libro del Padre Ferrándiz

Hale puesto por título *Sotanas conocidas*, que da que reír á unos y dará que pensar á otros, y á todos los lectores les pone en el secreto de la vida clerical y sacristanesca.

Por lo que diré al final, me veo algo embarazado para hacer la crítica del li-

bro. No puedo, sin embargo, omitirla, por ser deuda doble de amistad y de correspondencia.

Claro está que mi crítica ha de ser de aplauso; pues no hemos de esperar lo recomiendo al Primado de Toledo, quien, sin duda, no será el último de sus lectores.

«No es un libelo ni un libro de panegíricos»: ni hay elogios rastrosos, ni diatribas venenosas. Lo dice su autor, juez el más competente. Y tiene razón: el libro es una fuente de eclesiásticos guisados en su propia tinta.

Porque en el libro los juicios «jenos traídos al acaso en amenos diálogos», son más que los propios del autor. Quizás esté ahí el mérito principal del libro: en traernos las opiniones de unos sujetos sobre otros, cazadas al vuelo en el encuentro casual, ó en la plática de pasatiempo: opiniones y juicios vertidos con toda llaneza, en frases chispeantes, picarescas no pocas veces, y de despiadado realismo otras.

De aquí procede que si los retratos de los veinticinco sujetos que llevan el título de los respectivos capítulos, resultan interesantes y entonados, en el conjunto resulta retratada la *crítica eclesiástica*, autora de esos mismos retratos, no menos interesante que los cuadros exhibidos.

Esa crítica es certera, finísima y hábilmente traída y reflejada en el libro. Expone los personajes no en los momentos y posturas teatrales estudiadas y preparadas; no en los grandes gestos públicos espectaculares y escénicos; sino que los sorprende desprevenidos en sus gestos pequeños y escondidos, en los cuales el individuo se conduce con entera libertad, tal cual es. Así mismo esta *crítica eclesiástica* no es la historia oficial recogida de los registros de las secretarías de Cámara y del ministerio de Gracia y Justicia, ni en las hojas de servicios eclesiásticos; son los dimes y diretes de la sacristía, del corrillo y de la tertulia de pasatiempo, en donde amigos y enemigos vierten sus juicios tales cuales los llevan en la convicción formada por la observación directa y por el temperamento de cada interlocutor.

Si los criticados resultan interesantes en sus posturas cómicas, eso también esta crítica sagaz, que halla el lado ridículo de lo mayestático y convierte en sainete el drama mejor preparado.

Si tan curioso es el retrato de cada personaje y el de la crítica eclesiástica, no lo es menos el retrato que de sí mismo y de su genio literario y crítico hace el autor, en el lienzo del libro.

En lo que observa y subraya en sus amigos y compañeros, y en lo que omite y suprime de sus historias; en la manera de expresarlo y en los límites que se fija, Ferrándiz se revela á sí mismo, entero y verdadero, con igual llaneza y verdad que son revelados sus historiados.

Los veinticinco cuadros de esta galería se hacen admirables por el estilo moderno de biografiar, á la *paleta*, sin medios

tonos, tomando algunos rasgos, que aisladamente parecen muestras de color, y que, vistas en conjunto, producen expresiones fisonómicas perfectas.

En la galería se encuentra el retrato fijo y estatuario, mezclado con la caricatura. Rojas, González Reyes, Tita, Donato Giménez, Manuel Uribe y Montaña salen caricaturados ya en el fotograbado, contrastando con los esmerados dibujos de los otros.

La concepción literaria de estos y de aquellos acusan el profundo conocimiento que del personal eclesiástico y de la vida clerical adquirió Ferrándiz, y la fina balanza que posee para pesar personas, cosas, hechos, palabras e intenciones, y el nutrido registro que de sus observaciones lleva.

El tono narrativo es el peculiarísimo de Ferrándiz: libérrimo en sus giros, arbitrario en la construcción de párrafos, escribe hablando en plática familiar, con su chispeante mordacidad y su pícara sonrisa.

Entre cosquilleos clava el bisturita: entre el aplauso, el latiguello: siempre sonriente...

De la narración menuda, frívola y entrecortada, pasa a descripciones de arte acabado y perfecto, con períodos y páginas envidiables para los mejores hablistas.

Más dítia, si no me hallase interesado en el libro, en cuyas páginas me veo citado algunas veces, no como sujeto principal sino como comparsa, dándome gran bollo y mayor coscorrón.

Pero... vamos a ver, amigo Ferrándiz: ¿No se ha enterado aún de que me revienta el recuerdo de haber sido licenciado de presidio, digo, clérigo? ¿Me pasará como á Morote, que ni él tuvo el honor de dejar de dejar de ser católico, ni yo lo tendré de ser clérigo?

¿No ve usted que en este mismo modo de presentar la cuestión acredito que no soy tal... y con no serlo ahora demuestro no haberlo sido nunca?

Sabiendo usted todo esto, escribe en la página 59:

«¡Tantos volúmenes de Fita... aplastados bajo el peso de uno sólo de Pey Ordeix, clérigo casado por lo civil!» ¿Qué quiere que le diga á esto, amigo Ferrándiz?

¿Ha sido por lo de clérigo por lo que he aplastado á Fita?... Seguramente no. ¿Ha sido por lo de casado por lo civil? Seguramente tampoco. ¿Pues á qué viene este cuento: á aplastar á Fita, ó á molestarme á mí?...

¿Lograré ver suprimido este recuerdo de los escritos de usted?...

¿Será usted más tenaz en sostener el calificativo, que yo en borrarlo?

Para acabar de una vez, le repito que, siendo, como usted no ignora, un recuerdo dañoso para mi temperamento, y provocador del insulto clerical de España sobre mi hogar, tengo sumo interés en borrarlo. ¿Lo tiene usted mayor en producirlo?

Suprímalo, amigo Ferrándiz, por mí y

por usted, pues con ello no sólo dice que yo estoy casado por lo civil (á esilo de los hombres de Europa), sino que dice implícitamente que los clérigos en España, aun separados de la Iglesia, siguen en ella al casarse, *por lo clerical*... ó sea en matrimonio por detrás de la Iglesia, del Estado y de la Sociedad. Y esto, si se bace, no se dice.

Para sus «Sotanas» no cuente usted conmigo. En 1905 di la mia á Mosén Prat en la cárcel con todos los adminículos del oficio. Y él la honró, llevándola al cementerio civil, como todo un hombre P. O.

Por muy buen camino

Enhorabuena al Cardenal Aguirre

Me tiento la cabeza y me pregunto: ¿estoy loco yo ó lo están ellos?

Estos «ellos» con los periódicos avanzados, salidos de madre estos días porque el Cardenal Aguirre, agarrándose al Concordato, reclama del gobierno de la Nación católica el cumplimiento de lo pactado en materia de Instrucción escolar: esto es, que los niños vayan á la misa parroquial con sus maestros, á las procesiones, á confesar y comulgar, es decir, á cumplir con la Iglesia.

A mí me parece de perlas esta actitud del Primado.

Si, señor: el que se finja católico, que lo sea como debe serlo toda persona honrada y seria. ¿No hay libertad para dejar de serlo? Pues sarna con gusto no pica.

Y ¡á misa los maestros con los niños! Y aún los padres y tutores.

Apriete por ahí el Cardenal. Cuanto más apriete mejor.

A reponer al catolicismo en toda su fuerza y vigor cual estuvo en sus mejores tiempos; y sobre todo, á cumplir al pie de la letra los cinco preceptos de la Iglesia, so pena de tostar vivos á los hipócritas y farsantes que se dicen católicos sin serlo.

¡Por ahí, por ahí!

El primer precepto á reponer, es el de Diezmos. ¡Sí, señores! Todo católico agricultor pagará el santo Diezmo á la Iglesia. Los banqueros, sin exceptuar á Comillas, las bolsitas, la casa real, todo el mundo católico, ¡al Diezmo! El que quiera atesorar para la otra vida que pague en esta.

Mantengan los católicos su culto y clero, y no vivan como corsarios á espaldas del enemigo. ¿No es bochornoso que los santos se alumbren con velas compradas con dinero sacado á los pobres diablos por las bayonetas del Estado?

¡Este, esto! A cumplir todo el mundo la santa ley de Dios concordada y pactada. Y el primero que ha de dar ejemplo... el Primado, puesto por Dios para ser el primero en cobrar católicamente y en obrar cristianamente... ¡á cumplir el Concordato reverendísimo Padre en Cristo, y no jurnos primadas.

El Primado será el primer obispo sucesor de los Apóstoles en la vida apostólica. ¿Qué tal el fondo de reserva? ¿Qué hay de lo de capellanías y obras pías? ¿Qué de esto y de lo otro?

Venga á colada todo, para alejar el pensamiento de Cristo que dijo: el que obra mal huye la luz. ¡Luz! ¡luz! y á ser obispos los obispos y á cumplir como tales: que la ley de Dios no se hizo sólo para los niños

de la escuela ni para ser escondida debajo del celemin.

Y de los frailes, ¿qué?

¿Buscan su perfección? Pues, leña y estacazo limpio al que salga del convento. Leña á las órdenes que se prostituyan. La perfección evangélica es lo que hay que imponer á todo bicho católico.

Perfección del fraile: pobreza, castidad y obediencia.

¡A ser pobres como ratas, vive Dios! Al fraile y á la orden que se le pille un céntimo, la maldición de Cristo y un estacazo por pillastre.

A ser castos como los padres del yermo: castos de ojos, de labios, de manos y de todas partes. Al primero que se le vea ensuciar su lengua ó sus codos con pláticas que no se consienten á los mismos seglares, ¡palo seco!

A ser humildes y á vivir entre los humildes. Abajo esos conventos soberbios, esos soberbios templos, esas soberbias pretensiones y el roce con los soberbios.

Han hecho voto de no querer nada con las pompas de Satanás y con las vanidades del mundo. ¡Humildad, pobreza y obediencia! Eso queremos para los frailes: el evangelio.

¡Mucho ayuno! ¡mucho cinturón de castidad y aun el candado si es preciso! ¡Mucho retiro, mucho rezo, muchas disciplinas!... ¡Eso, vive Dios, eso!... Eso que es lo pactado y concordado.

Y al que haga lo contrario, de coronilla al pozo, por embustero y por estafador.

Que estafe á Cristo, pase; pero que venga á estafar al diablo en nombre de la santidad, es cosa harto recia.

¡Por ahí, señor Aguirre por ahí! A cumplir todo el mundo.

Los niños de la escuela y los Primados de Toledo. O no ser católicos ó serlo decentemente y con vergüenza.

Cuente con El Motín para esta campaña.

Todos los maestros católicos, á misa como doctrinos. Y aún los catedráticos de Universidad.

¡Sí, sí! A ver cuando el obispo de Madrid cumple su deber y requiere del Gobierno el apoyo para visitar las clases de los catedráticos impíos.

Sí, señor Cardenal.

Nuestro pláceme. Este será el único modo de exterminar de España el catolicismo fulgurante que la apesta: haciendo á la Iglesia insostenible, ridícula é imposible. ¡A cumplir todo el mundo!

Al día siguiente que la *Gaceta* publique una ley á este tenor, no queda un obispo, ni un fraile ni un católico para remedio de un dolor de atrición.

R. MAYOL

El turno del pueblo

Los labradores y braceros del campo, los menestrales, obreros de la industria y proletarios, que son en España más de diez y siete millones y medio, han pagado con ríos de sangre, de oro, en cien años de guerra, la civilización que disfruta el medio millón restante, sus libertades políticas, su derecho de administración, su inviolabilidad del domicilio, su seguridad personal, su libertad religiosa, su libertad de imprenta, su desamortización, sus comodidades, su prensa diaria, sus teatros, sus ferrocarriles, su Administra-

ción pública, su Parlamento; todo eso que á la masa de la nación no le ha servido de nada, porque el pueblo no sabe ó no puede leer, no se reúne ni se asocia, no imprime, no viaja, no le hostiga la vida religiosa, no compra ni usurpa haciendas al Estado, no conoce oficinas ni Tribunales, sino en figura de instrumentos de la opinión caciquil Incontrastable...

Y, sin embargo, esa minoría de ilustrados y de pudientes, clase gobernante, no se ha creído obligada á corresponder á tantos sacrificios con uno solo, dejando alguna vez de gobernar para sí, gobernando un día siquiera para los humildes, para la mayoría, para el país.

¿Pareciera ya hora de que llegue su turno al pueblo?

J. COSTA

¡Una cursilería!

La semana pasada por precisión tuve que ir á un centro literario de Barcelona, afanos de los que huyo como de la peste, y en él que había congregados varios escritores y periodistas. Como el anticlericalismo verdad tiene muy pocos adeptos, mis escritos y los años que llevo en esta ciudad engolfado en estas campañas me han creado una reputación odiosa de hombre pervertido, impío y sacrilego que no hay por donde cogerme, lo mismo entre *rojos* que entre *negros*, y casi estoy por asegurar más entre los primeros, que ven en mí un demonio con lentes, que entre los segundos, que en sus adentros no creen en la existencia del calumniado Luzbel.

Un escritor de cualquier género puede penetrar impunemente en todos los sitios en que se conmuevan las esferas; un escritor anticlerical, y más si su firma ha alcanzado ya cierta popularidad, será siempre recibido con murmullos, asombro y hasta malestar en todas partes. Si á esto se agrega el ser apóstata y renegado como yo, el sobresalto y el espanto ya no tiene límites; los más avanzados *liberales* tiemblan como azogados, y ya se ven incursos en una excomuniación y enemistados con Romanones para toda su vida. ¡Es una de ficción!

En cierta ocasión me preguntaba á mí en Madrid con el sobresalto pintado en el rostro, un *conspicuo* republicano que entraba y salía mucho en *El País*.

—Es verdad que el P. Ferrándiz está excomulgado?

—Hombre, no tengo noticia de tal cosa; pero dado caso que lo estuviera, ¿á usted qué le importa? ¿No hemos quedado ya que entre nosotros eso no tiene valor alguno ni se cotiza en contra?...

No hace veinte días que otro *conspicuo* de gorro frigio, escritor tan avanzado que se pierde de vista, me decía muy serio:

—Nakens y todos ustedes los que le siguen están haciendo una obra funestísima en España desarraigando el sentimiento religioso en las masas. Nakens es un demonio y convierte en demonios á todos los suscriptores que están en contacto con él... Hacen ustedes sólo una labor de ruinas, negativa, y de escándalo... No, no estamos conformes...

¡Pues como estos dos tipos citados los hay á centenares, á miles dentro del campo liberal: lo he dicho mil veces y vuelvo

á repetirlo: los mayores enemigos de nuestras ideas están dentro de nuestro campo.

Callaron todas las conversaciones al verme, y siguió un embarazoso silencio. Por fin, uno más atrevido me preguntó:

—¿Cómo van esos curas y frailes?

—Perfectamente: cada día más numerosos, ricos y contentos.

—Poco fruto dan entonces sus campañas,

—Muy poco, gracias al *liberalismo* imperante en los españoles.

—¿Qué han de hacer los liberales? ¿Es una obligación llenar todos los días los periódicos de artículos furibundos pidiendo una degollina de cabezas tonsuradas?

—¡Ojalá! Nada de eso: nunca he pedido yo tal cosa. Lo que deben hacer los liberales, mejor dicho, ustedes, pues de ello se jactan, ya que no nos sirvan de ayuda no estorbarnos. Sin ustedes nuestras ideas serían más fructíferas; pero ustedes las matan en germen; no dejan que arraigue la semilla.

—Es que ustedes tienen la obsesión de una cosa que no existe.

—Fustigan á una antigualla.

—Es un asunto *jane*.

—¡Una cursilería!

—Es una lástima las energías y el tiempo que pierden ustedes combatiendo á un fantasma. Eso del clericalismo puede pasar como tropo para la galería y para calentar el ambiente de un mitin, pero en el fondo ya sabemos que no hay tal cosa: otros problemas son los que interesan á España. Vamos á ver; ¿cuántos ejemplares ha vendido usted de su libro contra los jesuitas?...

—Muy pocos.

—¿Lo ve usted? Están ustedes resucitando muertos, cosas hechas polvo. ¿Quién se acuerda ya de los jesuitas en el siglo xx? Esa cuestión la dejaron ya liquidada Pombal y el conde de Aranda.

Y añadió dándome dos palmaditas en el hombro:

—Desengáñese, amigo, por ese camino no se va á ninguna parte: están ustedes perdiendo el tiempo. Los demás asientan con la cabeza.

—¿Pero son ustedes los hombres marcados con el sello infamante del liberalismo por la Iglesia. los que hablan así? ¿Son ustedes, los que se vanaglorian de avanzados y progresivos, los que tales afirmaciones hacen? ¿Son ustedes, los que figuran como aliados nuestros, los que se expresan de este modo? ¿Y ustedes viven, figuran, como y medran á título de *liberales*?... Ustedes hablan así, porque no llevan la convicción dentro de su pecho, porque aunque les pise el confesario, son ustedes neos con ilustraciones musicales del *Himno de Riego*. En España sólo hay una cuestión, un sólo problema: el clerical. Mientras éste no se resuelva, todos los demás que paa insolubles: estaremos siempre rodeados de enigmas. Tildando de *cursilería* nuestras campañas no hacen ustedes otra cosa que hacerse eco de la consigna jesuítica, y convertirse en aliados suyos inconscientes ó no. Todas nuestras penurias nacionales frutos son del clericalismo; por él estamos en descrédito ante Europa entera; él tiene amordazadas nuestras bocas, nuestras plumas, nuestra libertad, nuestra inteligencia, y hasta las expansiones más ilicitas y los derechos más indiscutibles del hombre. ¡Como que hasta regamenta los miseriaos de las alcobas! Por el clericalismo se rebelan vuestras mujeres, y él y sólo él es el que seduce y perverte á vuestros hijos, preparándose una generación

futura toda suya, sin virilidad, sin independencia, y sin energías. El clericalismo, que hoy os utiliza como aliados, mañana os despreciará y hollará por inútiles para sus fines, y os hará sentir bien dura su planta odiosa... Lo tendréis bien merecido... ¡Ojalá se alzara mañana una hoguera del Santo Oficio en cada esquina, que seguro estoy que seríais sus primeras víctimas, y bien merecidas, por ilusos, y ¿por qué no decirlo? por débiles, ya que la palabra cobardes es algo fuerte...

Callé: algunos rostros estaban ceñudos; pero las sonrisas sarcásticas revoloteaban en la mayoría de los labios. No los había convencido.

Ya ve usted, amigo Nakens, qué estímulos y que consuelos tenemos dentro de nuestro campo. Después de la nota de impíos, sacrilegos y sembradores de ruinas, nos cuelgan el sambenito de *cursis*. No pudiendo matarnos con razones, nos quieren ahogar con el *ridículo*. ¿Seremos realmente unos *imbéciles*?

FRAY GERUNDIO

El miedo á la República

Un diputado y un periodista han debatido estos días sobre el miedo á la República. el diputado ha dicho: «Somos sinceros: la República da miedo á la mayoría de los españoles». El periodista glosa en estas palabras ha escrito: «Ese miedo, ese temor, nadie lo experimenta con mayor intensidad que los propios republicanos». El diputado es reformista: se llama José Zulueta. El periodista es conservador: se llama Miguel S. Oliver.

Ha de estimarse la sinceridad de haber hecho públicas estas manifestaciones.

Pero este miedo ha de razonarse. Y ha de razonarse, para que el periodista conservador que ha glosado las palabras del diputado reformista, fijando el criterio propio de las derechas, someta sus juicios á una disciplina. El miedo á la República quiere decir miedo á los definidores de la República, á los que hablan de ser legisladores de la República, á los que llaman á ser gobernantes en la República. Este supuesto parece que es el que habría de aceptarse. La doctrina nueva, pavorosa, está en el cerebro y en los labios de los definidores; el derecho nuevo, revolucionario, quiere a tor, está en el programa de esos legisladores; los procedimientos nuevos, agitadores, están en la decisión de esos futuros gobernantes. Ellos son los definidores de hoy y los legisladores y gobernantes de mañana, los que habrían de cansar este miedo. Y no es así. A D. Gumersindo de Azárate, definidor de las doctrinas republicanas, se le ha ofrecido, hasta con insistencia humillante por parte de los oferentes, la presidencia del Congreso. A D. Melquíades Alvares, futuro gobernante que hubiese podido ser de la República, se le ofrece, con la garantía de respetarle los principios y los procedimientos que él ha defendido y sostenido, legislar y gobernar dentro de la Monarquía. No es, pues, el miedo á las doctrinas de la República, ni á la renovación del Derecho que impondría la República, ni á la táctica de la República, lo que determina el miedo á la República. No son los inspiradores de la República, ni las transformaciones que señale la República, lo que provoca el miedo. No son los hombres ni son las ideas de la República lo que despierta el miedo. ¿Que será?

El periodista conservador lo ha dicho. El miedo lo inspira el estado de las multitudes, completamente extraviadas. ¿Es esto cierto? Son un peligro las multitudes españolas. ¿Quean miedo esas masas que pertenecen á los partidos avanzados? ¿Despiertan miedo esos centenares de hombres que salen de las fábricas, que trabajan de sol á sol en los campos, que emigran cuando no

hallan en España medio decoroso de ganar el pan? Ese concepto del pueblo español, de las multitudes españolas, necesita también que se razone, que se someta a disciplina. En España son ya usuales, generales, consagradas, admitidas, consideraciones como estas: «El pueblo no está preparado para la República», «el pueblo necesita mayor nivel cultural para merecer instituciones más liberales», «el pueblo ha de aprender cuáles son sus deberes y pensar menos en sus derechos». Quien oiga esto creerá que en España se ha iniciado desde arriba una labor intensa de educación y de instrucción que no ha sido aprovechada por el pueblo; que este pueblo está continuamente en la calle, provocando motines, reclamando derechos utópicos que no están escritos en ninguna ley; que este pueblo se niega a cumplir todos aquellos preceptos que determinan la unidad moral del Estado.

¿No es hora de reaccionar contra todo esto? Aparte de que la Revolución se hizo en Francia cuando había un 73 por 100 de analfabetos, mayor número del que hay actualmente en España, las multitudes españolas son más sumisas, más disciplinadas, más gregarias que las multitudes de cualquier otro pueblo de Europa. Ya otro día, un escritor ilustre, Cristóbal de Castro, sostenía que el pueblo español era de los pueblos que mejor cumplen sus deberes ciudadanos. Y es así. El pueblo español paga religiosamente los impuestos del Estado; lo quita del pan, para pagar la cédula; lo quita del vestido, del decoro del hogar, del periódico, del café, para pagar los Consumos, los arbitrios del Municipio, los repartos de Caminos vecinales.

Si analizáramos la causa de la diferencia que se observa entre lo nominal y lo efectivo de los ingresos que se fijan en los Presupuestos del Estado, veríamos que lo que ha dejado de recautarse no pertenece al pueblo, a las multitudes, sino a las clases aristocráticas, a las lectas, ordenadas. Estas son las que no pagan. Con más aún. Las multitudes españolas son irreligiosas, y pagan para el sostén del culto; son enemigas de la guerra, y pagan el aumento de los impuestos; saben que no han podido instruirse porque les ha faltado el maestro, y han pagado y pagan el tanto por ciento que corresponde a Instrucción primaria. ¿Rebelde, inquietas, peligrosas las multitudes españolas? No es una ciencia juzgarlas así; es un sarcasmo, una burla. Después de la guerra y de la pérdida de Cuba, ¿qué hubiera hecho cualquiera otra multitud diferente a la española? Frente al Presupuesto aumentando de día en día, y frente al pueblo sin Escuelas, sin Universidades; frente al pueblo, que tiene la mitad de la tierra inculta, que no atiende al obrero en la enfermedad o en la vejez, que no la defiende de la explotación patronal; frente al pueblo, lleno de caciques en las aldeas y de oligarcas en la corte, ¿qué haría cualquier otra multitud que no fuera la española? ¡Ha habido ilegalidades en el sufragio, y no han sido las multitudes españolas las que se han declarado en huelga; han sido las multitudes belgas. Se han descubierto immoralidades administrativas, y no han sido las multitudes españolas las que se han lanzado a la calle; han sido las multitudes italianas. Han fusilado a Ferrer, y no han sido las multitudes españolas las que con más violencia han protestado; han sido las multitudes francesas, las inglesas, las alemanas. ¿Las multitudes españolas? Hace cuarenta años que a Monarquía va realizando su labor suicida de hoy, y las multitudes pagan, trabajan, van a la guerra. Hace cuarenta años que los directores de las fuerzas republicanas se entregan a una labor sin eficacia inmediata, y las multitudes creen, esperan, votan...

¿El miedo a la República? El miedo a la República es ausencia, no puede tenerse mirando a los directores, que podrán colaborar con la Monarquía; no puede tenerse mirando a las multitudes, las más resignadas, las más obedientes, las más sumisas de Europa. El miedo a la República está en el miedo que tiene España a todo lo nuevo.

Esta es definitiva, es el miedo que tienen los pueblos viejos a las instituciones nuevas.

Castellón.

El Clamor

Una niña ahogada

La niña Daniela Extremiana Santos, de ocho años de edad, fué, acompañada de su madre, Sebastiana Santos, a la ermita del Carmen (Valladolid) con objeto de llevar una vela a la Virgen.

Pasaron un rato en la ermita y otro en la pradera, emprendiendo a las cinco el regreso a la capital.

Al pasar por delante de una huerta se la antojó a la niña beber agua de la noria destinada a riego de la finca.

La niña se inclinó para beber en uno de los canchales, en cuyo momento debió de perder el apoyo, precipitándose al fondo del pozo.

Imposible narrar el cuadro de angustia que se desarrolló ante los ojos de aquella madre, que presa de dolor comenzó a gritar horrorizada.

A los gritos acudieron precipitadamente un hijo político del dueño de la finca y dos sujetos que pasaban en aquel momento por las inmediaciones de la huerta.

El primero, auxiliado por los segundos, descendió rápidamente al pozo con objeto de salvar a la niña, pero ¡ay! era cadáver ya.

Varias personas retiraron de allí a la desdichada madre transida de dolor.

O yo no entiendo una palabra de milagros, ó creo que ninguna ocasión mejor que esta para haber verificado uno que dejara memoria eterna; uno parecido al que le cuelgan a San Ignacio cuando cayó una gallina a un pozo de Manresa, y que mi hombre, haciendo subir las aguas hasta el nivel del brocal, así vó.

La niña que vería de llevar piadosamente unas velas a la Virgen, pareceme que era más digna de que se hubiera condecorado con prodigio en favor suyo, que no aquella gallina.

Pero como todas estas cosas de religión son incomprensibles, porque si se comprendieran dejarían de producir dinero a sus representantes, desisto de entrar en averiguaciones para saber por qué no fué salvada milagrosamente la pobre niña.

LOS DELIRIOS IMPERIALISTAS

Verdades amargas

«Las gentes no se dan cuenta exactamente de lo que es la zona española del Norte de Marruecos, y hay muchos que creen que aquello es nada menos que un imperio: algo muy grande, en una palabra. Y no hay nada de eso. Nuestra zona no es, como muchos creen, otra España, ni aun siquiera media España, ni una cuarta parte de España; a lo sumo, y midiéndola, como dicen en mi tierra, con caramullo, es como la

provincia de Badajoz. Eso, y no otra cosa, es lo que tenemos en el Norte de África: ¡¡Otra provincia de Badajoz!!

Varían las cifras relativas a la extensión de nuestra zona según quienes la miden, pues unos sacan 20.000 kilómetros cuadrados, otros 22.000 y algunos 25.000. Yo, dividiendo la zona en 19 triángulos y cuadriláteros para hacer la medición lo más exacta posible, he sacado 22.694 kilómetros cuadrados, poco más ó menos la extensión superficial de Badajoz. Es decir, que España se ha metido en la aventura en que se metió para ejercer el protectorado en un territorio como la provincia de Badajoz. ¡¡A eso llaman algunos imperio!!

¿Qué diríais si levantada en armas la provincia de Badajoz, pero dueño el Gobierno de Badajoz, Alburquerque, Almodovar, Castuera, Don Benito, Fregenal, Fuente de Cantos, Herrera del Duque, Jerez de los Caballeros, Llerena, Mérida, Olivenza, Puebla de Alcocer, Villanueva de la Serena y Zafra, que son ciudades y pueblos, enviase 70.000 hombres para dominar la rebelión? Diríais seguramente que eran muchos hombres para tan poco Badajoz.

Y si Badajoz se llevase un centenar de millones, largos de talla, de nuestro presupuesto, ¿qué diríais? Pues diríais que también eran muchos millones para una sola provincia.

¡Meteos bien en la cabeza esa comparación! Nuestra zona es como la provincia de Badajoz, y sin haber hecho aun nada, absolutamente nada, y sin habernos asomado aun más que a las puertas de las ciudades, nos obligan a gastar 70.000 hombres y más de cien millones al año.

Engañan al país quienes le digan que en nuestra zona hemos hecho algo. Creen muchos que en la parte de Melilla, por ejemplo, hemos hecho algo, y al creerlo se equivocan. En Melilla no hemos hecho desde 1909—¡ya van años!—otra cosa que dominar un radio de 40 kilómetros, ó sea todo desde aquí a Villalba por un lado y a Alcalá por otro. Y esa dominación, a costa de un ejército de muchos miles de hombres diseminados en multitud de posiciones, que no pueden ser abandonadas y que tienen que ser racionadas con el continuo convoy. Eso, y no otra cosa hemos hecho. En la línea del Kert estamos sin poder avanzar un paso, con los pacos enfrente, dispuestos a tirotear a quien intente acercarse al río.

Es decir, que desde 1909 hasta la fecha nos hemos limitado a dominar un pedazo de terreno como el comprendido entre Villalba y Alcalá. ¡Más allá, lo desconocido, el caos!

Por eso, por ser nuestra zona más pequeña que la provincia de Badajoz; por haber costado los 400 kilómetros ocupados 400 millones de pesetas; por haber tenido que enviar ya 70.000 hombres; por no haber podido salir de las ciudades más que de paseo y a costa de enormes sacrificios; por estar convencido de que aquello no vale ni un hombre ni una peseta, y por otras razones que me callo, es por lo que he di-

ho, digo y seguiré diciendo que esa empresa es una locura.

Y mientras no varíen los hombres que a España dirigen, y no haya quien sea capaz de realizar la empresa con otros procedimientos, será menester que los hombres de buena voluntad se opongan a la locura. cueste lo que cueste el oponerse, por la razón suprema de que quien no se oponga a la locura, contribuye a la ruina de España y al fomento de la Revolución.

Por centésima vez lo anuncio. Marruecos será la ruina material de España y el germen revolucionario que producirá ríos de sangre en la Península. Lo vengo diciendo hace diez años, y la realidad, con sus dolores, me muestra que no me equivoqué en cuanto he anunciado.

¿Serán tan suicidas que no me oigan quienes deben oírme, quienes están interesados en oírme?

No olvidéis la comparación ni las cifras. Nuestra zona es como Badajoz; nos cuesta cien millones al año; nos exige 70.000 hombres para empezar; nos resulta a un millón cada kilómetro cuadrado, y... ¡todo aquello no vale la décima parte que Badajoz! Y no olvidéis tampoco que desde 1909 y a pesar de los pesares, nuestras conquistas son tan modestas, que se reducen a una zona pobre, estéril, infecunda, despoblada, maldita de Dios, no más grande que desde Villalba a Alcalá de Henares.

¡Como Badajoz! ¡70.000 hombres! ¡Cua- trocientos millores! ¡Valiente imperio!!

JUAN DE ARAGÓN

La Correspondencia de España.

La guerra

¡La guerra! ¡Cuando pienso en esta palabra, la guerra, se me aparece como símbolo de brujería, de Inquisición, lejana visión de otros tiempos, abominable, monstruosa, contra naturaleza!

Cuando se habla de antropófagos sonreímos con orgullo, proclamando nuestra superioridad sobre los salvajes. Pero los verdaderos salvajes son los que pelean por comerse a los vencidos, o los que luchan por matar, únicamente por matar?

Esos pobres muchachos que guerrean, son destinados a la muerte como rebaño que dirige el pastor en los caminos. Van a morir en los campos, cercenada su cabeza por un sablazo, traspasado el pecho por las balas; son jóvenes que podrían rabajar, ser útiles. Sus padres son viejos, pobres; sus madres, que les adoraron tantos años, sacrán en seis meses; en un año quizás, que el hijo, el niño querido, el muchacho educado con afanes tantos, con tanto dinero, con tan grande amor, fue arrojado a una sima como perro muerto. Llego de destrozado por la metralla, pisoteado, hecho trozos, aniquilado por las cargas de caballería. ¿Por qué he muerto, a mi hijo, a mi amor, a mi esperanza, a mi orgullo, a mi vida toda? No lo sabe la pobre madre. ¡Sí! ¿Por qué?

¡La guerra! ¡Pelear, degollarse! ¡Destrozar los hombres!... Y nosotros, en nuestro tiempo, en nuestra civilizada época, con la cultura científica y filosófica que ha llegado el humano genio, sostenemos Escuelas de la muerte, perfeccionadas, refinadas, en que educamos a infinitas gentes para matar a pobres diablos, hombres inocentes cargados de familia, huir los ante la justicia.

Y lo más asombroso es que los pueblos no se levanten contra sus Gobiernos. ¿Qué diferencia entre Monarquías y Repúblicas? Indigna que la sociedad no se levante, revolucionaria, ante la palabra guerra.

¡Oh! Viviremos siempre bajo el peso de rutinarias y odiosas costumbres, criminales prejuicios, feroces ideales de nuestros bárbaros abuelos, porque somos bestias y bestias continuaremos siempre, esclavas del instinto, incapaz de cambiar el humano ser.

¿Se execraria a Víctor Hugo, que lanzó este grito de libertad y de verdad?

«¡Y la fuerza se llama violencia y principia a ser juzgada: la guerra está en entredicho. La Humanidad, ante la protesta del género humano, instruye solemnemente a conquistadores y a capitanes. Los pueblos acaban ya por comprender que la gloria de un crimen guerrero no justifica su culpa; que si matar es un crimen, matar mucho no es circunstancia un atenuante; que si robar es una vergüenza, invadir naciones no es un heroísmo.»

¡Ah! ¡Proclamemos estas grandes verdades, deshonremos la guerra!

Vanis cóleras, indignaciones de poeta. La guerra hoy es más venerada que nunca.

Un artista hábil en la destrucción, verdugo genial, el general Moltke, dijo un día a los delegados de la paz estas extrañas palabras:

«La guerra es santa, divina institución una de las sagradas leyes del mundo; sostiene entre los hombres los más grandes y nobles sentimientos: el honor, el desinterés, la virtud, el valor les impide caer en el más bajo de los materialismos.»

Así, reunir rebaños de 400.000 hombres; marchar sin descanso noche y día; en la guerra ni estudiar nada; nada aprender, nada leer; no ser útil a nadie; pudrirse de inmundicia; dormir en el fango; vivir como las bestias; robar las ciudades; quemar las aldeas; arruinar los pueblos; destrozar los rebaños de carne humana; crear lagos de sangre; llanura de carne mechada amasada con lodo ensangrentado; montones de cadáveres; brazos y piernas arrancados por la metralla: cráneos destrozados sin utilidad para la cultura humana; morir en el rincón solitario de un campo mientras vuestra mujer y vuestros hijos mueren de hambre; ¿es esto lo que se llama no caer en el repugnante materialismo?

Los guerreros son el azote del mundo. Luchamos nosotros contra la naturaleza, la ignorancia, contra la clase de obstáculos, por hacer menos dura nuestra miserable vida.

Hombres bienhechores, sabios, gastan su existencia en trabajar, en buscar quién pueda ayudarlos, socorrerlos, consolar a sus hermanos.

Y van, llenos de fe, atesorando descubrimientos, engrandeciendo el humano espíritu, ensanchando la ciencia, ganando cada día para la inteligencia humana tesoros de nueva sabiduría, ofreciendo el bienestar a su patria, en holgura y su fortaleza.

Llega la guerra. En seis meses los generales destruyen veinte años de trabajo, de constancia, de genio.

Esto dicen que es combatir el bajo materialismo.

Yo contemplé la guerra. He visto hombres convertidos en brutos, alocados, matar por gusto, por terror, por majeza, por vanidad. Cuando el derecho desaparece, cuando muere la ley y tola la noción de justicia se pierde, vemos fusilar a inocentes sorprendidos en no camino, perseguidos por sospechosos, porque tienen miedo. Vemos matar fieles perros encañonados a la puerta de sus amos, tan solo por probar un revólver; ametrallar por gusto infelices vacas que pastan en sus campos, y esto sin motivo alguno, por el placer de disparar el fusil, por bromas...

Esto dicen que es combatir el bajo materialismo.

Entrar en un país, degollar hombres que defienden su hogar porque visten blusa y no ostentan en su frente el kepi, incendiar miserables casas sin pan, destruir muebles, robar a sus dueños, beber el vino de sus bodegas, violar mujeres sorprendidas en su santuario, quemar millones de francos en pólvora, dejar tras sí miserias y rencores...

Esto dicen que es combatir el más repugnante de los materialismos.

¿Qué hicieron los guerreros para probar siquiera un adarme de generosa inteligencia? Nada. ¿Qué inventaron? Cañones y fusiles. Esta es su obra.

Cualquier modesto industrial, ¿no hizo más por el hombre ajustando una rueda a una máquina que el inventor de las fortificaciones modernas?

¿Qué nos queda de Grecia? Libros y estatuas. ¿Fue grande por sus victorias o por el fruto sublime de sus artes? ¿Acaso la invasión de los persas impidió que cayera en el más bajo de los materialismos?

La invasión de los bárbaros, ¿fue la que salvó a Roma? ¿La regeneraron ellos?

Continuó Napoleón el inmenso movimiento intelectual iniciado por los filósofos del siglo XVIII?

¡Bien está! Puesto que los gobiernos pretenden sostener su derecho a matar pueblos, será lógico que los pueblos adquieran el de matar Gobiernos.

Los pueblos se defienden, con razón. Nadie tiene derecho absoluto de gobernar a los demás; sólo pudieran usarlo para el bien de los dirigidos. El Gobierno tiene la obligación de evitar la guerra, como el capitán del barco el naufragio.

Cuando un capitán pierde su barco se le juzga y se le condena, si se prueba su incapacidad o su negligencia.

¿Porqué no juzgar a los Gobiernos después que declaren las guerras? Si los pueblos comprendieran esto, si hicieran justicia por sí mismos a los Poderes asesinos, si rechazaran indignados el dejarse matar sin razón, si se sirvieran de sus armas contra aquellos que se les dan para matar, la guerra acabaría... Pero ese día no llegará.

GUY DE MAUPASSANT

Caníbales en Barcelona

Que los carlistas no merecen beligerancia, que hay que tratarlos despiadadamente como a fieras, lo sabe todo el mundo, porque es ciencia aprendida en el libro de la historia que habla de las guerras infames en que los facinerosos mandados por curas sanguinarios iban realizando toda clase de crímenes, deshonorando la personalidad humana.

Sea quien fuere su jefe, cambien o no los tiempos serán siempre los facinerosos de la familia de Cuca, la gente de alma negra, hábiles en la emboscada, diestros en el asesinato...

En pleno siglo XX, hombres o carlistas con apariencia de tales, osan reunir un banquete de caníbales para festejar la sangría, derramada en ruinas emboscadas, el asesinato traicionero y cobarde de liberales, el crimen vulgar del rufián.

No otra cosa significa el siguiente menú del banquete que el día 25 por la noche celebrarán los socios del Ateneo Tradicionalista en la fonda jaimista:

«Encurtidos; Consomé Frohsdorf; Ternera mechada a la Granollers; Merluza grillée; Pollo trufado a la San Feliu; frutas; dulces; champagne.»

¿Qué falta más para la apología bárbara, repugnante, soez, de los crímenes nefandos de San Feliu y de Granollers?

Ya no los celebran embozadamente en artículos defendiendo a los autores de aquellos crímenes y en párrafos de discurso... Los solemnizan en banquetes sirviendo el recuerdo del cuerpo apuñaleado de Miguel Masó como ternera mechada y aplicando a otro plato el recuerdo de la carnicería San Feliu.

Con seguridad que los salvajes de regiones inexploradas no llegarían a este refi-

namiento del crimen. á este reto á los sentimientos de humanidad.

Parece mentira que haya hombres en el jaimismo que presuman de personas cultas y civilizadas. Tolerando el anuncio de este banquete de antropófagos se pone al nivel de los beocios y llenan de ludibrio á Barcelona que los alberga.

Barcelona

El Progreso

Lo que callan los diarios

De Tranvías

Leyendo los diarios no hay medio de entenderse.

Con censuras permanentes á la Compañía y con insinuaciones mortificantes para los concejales, vamos pasando el rato, mientras el público, única víctima, sigue pagando tarifas caras é indebidamente cobradas.

El elemento oficial se escuda en el mutismo y no toma con la misma actividad los asuntos por los que se saca dinero al pueblo, que los beneficiosos para el pagador.

Impuestos de inquilinato, de mudanzas, de obras, etc., se cobran hasta con amenazas, y el expediente de la rebaja de tarifas duerme en el Ayuntamiento sin que desde hace más de un año se haya reunido la comisión.

Enemigos de la prosa vana, concretaremos hechos para sacar de ellos las consecuencias.

HECHOS

Un hecho evidente es la formación de una Junta gestora de la rebaja de tarifas de los tranvías, constituida por representaciones de todas las Sociedades importantes de Madrid.

Otro hecho evidente es la publicación por esa Junta de un folleto, en el que se desmenuza la cuestión y no ciertamente en favor de la Compañía, como lo prueban el sinnúmero de artículos publicados con datos del folleto.

Otro hecho evidente es que ni Diputados, ni Senadores ni Concejales, ni Alcaldes han hostilizado nunca á la Compañía, ni han hecho nada en favor del vecindario; y cuando se deciden á hacer algo, presentan un reglamento hecho por y para beneficio exclusivo de la Compañía, abandonando el anterior que no regía por los recursos que contra él interpusieron las Empresas.

Otro hecho evidente es que en el asunto del vuestro de la jardinería en la calle de Argensola no hubo QUIEN RECLAMARA CONTRA LA COMPAÑÍA, á pesar del muerto y heridos, y de haberse probado que un empleado municipal DENUNCIÓ esa curva dos meses antes.

Las pomposas bravatas del duque de Tovar ejerciendo la acción popular y depositando 50.000 pesetas en el Banco para la fianza que fuere precisa, quedaron reducidas á retirar tranquilamente las 5.000 que le exigieron de fianza, renunciando á la acción, sobreseyéndose la causa al siguiente día.

Las campañas de la prensa han sido fuegos fátuos que sólo han durado 1 2 3 4 ó 5 artículos, á pesar de subsistir las causas que las motivaron.

Y por último, otro hecho evidente es que el público sigue pagando tarifas caras, sigue la Compañía ingresando sus nueve millones anuales y haciéndolo cuanto le viene en gana, con servicio, personal, autoridades y público.

Todos estos hechos ocurren en perfecta legalidad, en atmósfera de honradez... pero tan pronto la Junta gestora de la Rebaja de tarifas intenta y consigue que la Compañía acepte la tarifa única de 10 céntimos desde la Puerta del Sol al límite del término municipal, y otros 5 céntimos en las primeras horas de la mañana para que un obrero pueda ir desde Prosperidad á Puente Vallecas, ó desde Cuatro Caminos á Ventas por 10 céntimos, empieza á hablarse de irregularidades, de pesetas repartidas ó repartir, y se consigne que todo quede nuevamente parado.

El Socialista ha publicado un entrufado hablando de 500.000 pesetas á repartir, y El País dice:

Con el pretexto de abaratar y de unificar las tarifas de los tranvías, se trata de prorrogar, unificándola, la fecha en que han de pasar á la propiedad del Ayuntamiento algunas líneas.

No debe cometerse tanta inmoralidad.

RAZONEMOS

Vamos por partes, querido colega. En los anteriores renglones hay varias cosas:

- 1.º Abaratar las tarifas.
- 2.º Unificar las tarifas.
- 3.º Prorrogar las concesiones.
- 4.º Unificar las concesiones.

Podrá ser una inmoralidad prorrogar las concesiones, podrá ser otra, unificarlas, pero lo que es rebajar las tarifas y unificarlas...

¿A quién perjudica que se rebaje el precio del tranvía?

Al público que lo paga, no es seguramente.

¿Quiénes son los que se oponen á la rebaja?

Hecha así la pregunta, nadie; pero englobada con otras de prórroga, unificación etc., se justifica la oposición.

¿Quién sale beneficiado con el estado actual de cosas?

El público no es.

ESTUDIEMOS

La Compañía cobra nueve millones de pesetas al año por transportar 75 millones de viajeros; luego le resulta a 12 céntimos por viajero (término medio).

Si estuvieran las tarifas unificadas á 10 céntimos, cobraría 7 y medio millones; por tanto, ya tenemos el PRIMER BENEFICIADO.

Si la Compañía gana con el statu quo 1 2 millones más por año, ¿no cabe suponer que le es más reproductivo tirar medio millón entre pocas personas, que

repartir el millón y medio entre 75 millones de viajeros?

Si los que pueden conceder ó no las rebajas de tarifas son 50 personas, tocan á 10.000 pesetas; si son 75 millones de viajeros tocan á 2 céntimos.

Es natural que defiendan con más interés un asunto los que ganan 10.000 pesetas que los que ganan 2 céntimos.

JUAN PÉREZ

(Continuará)

Fraile robado

A un pobrecito franciscano le han escamoteado mil cuatrocientas misas (pesetas en el caló antiguo) en un vagón del ferrocarril entre las estaciones de Castellón y Casetas. Parece que fueron una, mujeres que viajaban en el mismo departamento las que lo desbajaron.

Muy cerca debieron estar del siervo de Dios, ó él muy distraído para no darse cuenta de la sustracción.

Y si realmente fueron ellas, quizás aprovecharan un momento de esos en que el Padre estuviera pensando en que el voto de castidad es humanamente impracticable, y ellas en que no era un robo precisamente lo que efectuaban al apoderarse del dinero de su compañero de viaje.

Y digo esto, suponiendo que fueran los tres solitos; pues yendo acompañado, no hubiera baido de qué.

Aunque también pudo ser la sustracción castigo del cielo por permitirse el fraile llevar dinero encima, contraviñendo una de las reglas de su Orden.

Y ya puestos á suponer, también pudo ocurrir que el diablo, sabiendo que lo mal ganado debe llevarselo él, según el adagio (y que mal ganado es todo aquello que no se gana con el propio trabajo), se enterase de que el fraile llevaba aquella cantidad y le dijese: «¡Venga eso, que es mío!»

El hecho, sin embargo, es lamentable para las almas piadosas.

Mas sirvales de consuelo el pensar que el dinero que le quitaron al fraile (si lo llevaba) á estas fechas lo tendrá ya triplicado en su bolsillo.

¿Para qué se anuncian estos percances, reales ó supuestos, sino para que los lilas suelten la mosca?

El P. Miguel Mir

y

SAN IGNACIO DE LOYOLA

Estudio histórico-crítico de S. Pey Ordeix.

Un tomo de 206 páginas, UNA peseta.

LIBROS Á DOS PESETAS

«Cuadros de miseria», «Desgracias y cobardías», «Cartas y dedicatorias», «Mi paso por la cárcel», «Humorismo anticlerical», «Puñado de ironías», todas por Nakena.

EL MOTIN



EL BELLO IDEAL DEL REQUETÈ
Ayuntamiento de Madrid

Suscripción "Cruz Roja,"

	Pesetas
Suma anterior	5043'13
Centro Republicano (Elgóibar)	8'00
Juan Miguel Gastañondo (Berástegui)	5'00
José Solsona (San Martí de Maldá)	0'50
Ruperto Verdejo (Madrid) ...	0'50
Ramón Muñoz Fernández (Albánchez)	2'00
Antonio Ribé (La Riba)	0'50
Un republicano de las Palmas (Canarias)	0'25
Dos granadinos	2'00
José Badia, 1'00.—Francisco Boguná, 0'25.—José Sitja, 0'25.—Pedro Ampinat, 0'25.—Francisco Ballester, 0'50.—Ángel Ballester, 0'25.—Bartolomé Travaset, 0'25. Todos de la Juventud Republicana Radical de Sagrera (Barcelona).	2'75
Suma y sigue	5064'63

DE BARCELONA

"Menú" canibalesco

Hoy, día de San Jaime, los tradicionalistas celebran con misas, banquetes y veladas, más ó menos musicales y literarias, la fiesta onomástica de su rey y amo, el desterrado de Frishdorf.

Por la mañana, misa y comunión general; solemnes oficios religiosos y bendición de pendones. Al medio día, banquetes, algarazas, vino, mucho vino, y discursos. Por la noche, lectura de poesías tendenciosas, baile, piano, ocarina y manubrio, con asistencia del clero parroquial, beatas, chupacrios, ex guerrilleros, señoras de Estropajoza, «requeté» y asesinos de la Barceloneta, de Granollers y San Feliú.

Alí el os; están en su derecho. La libertad es de suyo tan generosa, que incluso deja hacer y ampara á sus adversarios. Nada habría que objetar á esas fiestas tradicionalistas, si no se acudiera á ellas con la «browning» en el bolsillo, y no para defenderse de ataques en lo que nadie piensa, sino, por si se terciara, disparar á mansalva y por vía de entretenimiento contra el pacífico transeúnte que no tenga jeta de carlista, como los defensores del altar y el trono no tienen acostumbrados, á ciencia y paciencia de las autoridades gubernativas. Mucho será si hoy los jaimistas no nos dan que sentir con una hecatombe de las suyas, característica y de pura marca. Por lo que pudiera ser, la Guardia civil y la policía patrullarán por las calles y ocuparán de noche los sitios estratégicos. Por las ó por nefas, Barcelona no puede dejar nunca de parecer un campamento, y por esto y por algo más, un escritor francés acaba de llamarla «La ciudad trágica». Pero la costumbre ha hecho que á los barceloneses no nos canse ya impresión alguna el espectáculo de la ciudad trastornada por el motín, con su vida de trabajo interrumpida á tiros y las piedras de las calles heridas por los caso s de los caballos de la fuerza pública. Si esta noche los jaimistas promueven alguna algarada y matan á alguien, será un accidente como tantos otros, uno más que añadir á la lista.

La posibilidad de un alboroto ó de una tragedia carlista no es muy remota. Son gente los tradicionalistas que no sólo gusta de hacer correr la sangre, sino que se envanece de haberla vertido, y se mofa cínicamente de sus víctimas. ¿Se quiere una prueba de esto último? Pues la tenemos á mano, reciente, de hoy. En uno de los banquetes tradicionalistas de esta tarde figuran en el «menú» estos dos platos:

«Ternera mechada á lo Granollers.»

«Pollos en salsa á lo San Feliú.»

Imposible mayor impudicia. Esto ya no es de hombres con pisiones, o gados por el odio; esto es de monstruos, de canibales, de antropófagos, de fieras. Es añadir al orimen el sarcasmo; ultrajar el santo respeto que se merecen los muertos y el dolor de sus viudas y de sus hijos.

¿Pero qué clase de religión profesa esa gente y qué es lo que aprenden en sus tratados frecuentes con sacerdotes y obispos, monjas y frailes? ¿Y se quejan de las bibliotecas circulantes cuando en ellas no encontrará un libro que induzca al asesinato y aconseje comer lo muerto! ¿Y comulgó por la mañana, para, tres horas después, escarnecer la obra de Dios, el cristianismo y con él todas las leyes divinas humanas! ¿Qué es oándalo!

Pero no hay que alarmarse mucho. Ese banquete canibalesco será bendecido por los sacerdotes jaimistas, que han de honrarlo con su presencia, y su pecado es escarnecer villanamente á los muertos, la memoria de los que han perecido á nuestras manos, la bendición de aquellos santos varones, entre los cuales estarán los hermanos Brossa, organizadores de las mantanzas de San Feliú y de Granollers, lo borraré de la conciencia, si es que la tienen, de cuantos tradicionalistas se han sentido atacados de ancestral salvasmo.

De todos modos, de esas fieras se puede esperar cualquier cosa, y cja'á termine el día sin que se derrame sangre humana por las calles de Barcelona.

ADOLFO MARSILLACH

El santo Sínodo ruso ha ordenado la quema de los libros de Tolstoy.

¡Qué estupidez!

¡Ni que fueran católicos romanos!

Verdad que en este punto, todas las religiones se parecen.

Y en casi todos los puntos.

"La Ira,"

Así se titula un Semanario que ha comenzado á publicarse en Barcelona dirigido por el entusiasta y viril é ilustrado escritor Angel Samblancat.

No recuerdo de ningún periódico que saliera con más bríos, ni aún en los del período más álgido de la revolución de 1868.

Para que mis lectores se formen una idea, copio á continuación el artículo programa.

Deseo que alcance el éxito que merecen sus altos propósitos, y no dudo que lo alcanzará en este país de la endémica *Templanza*.

Palabras de acabar de nacer

Diremos sucintamente, al salir de las entrañas de la multitud y sacar la punta de la nariz á la vida, quiénes somos y qué nos proponemos.

Esta declaración no se hace aquí porque sea ella tradicional y consuetudinaria en

casos como el presente, ya que nosotros venimos á majar las tradiciones y á abrasar las costumbres en las llamas de nuestra indignación, sino porque salimos á correr y á dar voces por las calles y á agitar el aire de las plazas públicas, y queremos que, al vernos pasar por las rúas populosas como exhalaciones de fuego los transeúntes distraídos, no tengan que preguntar: ¿quiénes son estos ébrios? ¿quiénes son estos insanos? ¿quiénes son estos terribles desconocidos?

La Ira es un núcleo algo confuso y amorfo aún, compuesto de militantes de todos los partidos políticos de Cataluña y de España, y de algunos elementos nuevos, jóvenes de una extrema osadía y de un denuedo sin límites, que llegan á la palestra con las alas de sus narices rojas y palpitantes y con los ojos encandilados, como los caballos de pura raza á las arenas calientes de los hipódromos, ó como llegan á los circos los toros que traen en el cuello la divisa y la marca de su sangre.

Los primeros son hombres que han conservado la serenidad, y á quienes no se les ha alterado el pulso, en este naufragio diluvial de cosas y de personas, en esta cobarde desbandada de ejércitos y de falanges, en esta dispersión universal de partidos en esta fuga pánica de rebaños, en esta disolución de substancias que se opera á nuestra vista con gran ruido como si la naturaleza preparase nuevas palirgenesias, en este caos hervoroso de caducidades y de embriones que está esperando su Demogorgón; hombres que se han mantenido ecuanimes á pesar de sentir su corazón lacerado y traspasado ante el triunfo inolemente de los prevaricadores y de los claudicadores, y ante tantas apostasías, ante tantos resellamientos ante tantas deserciones, ante tanta ignavia, tanta torpeza y tanto desacierto como han contemplado sus ojos; hombres que se han econtrado dé improviso tan lejos de los partidos en cuyas filas militaban como lo está un polo de otro polo, y no porque ellos se hayan desgajado del árbol primitivo, no porque se hayan apartado de la montaña sino porque la montaña se ha apartado de ellos; hombres á prueba de desengaños y de falsedades y de fraudes y de dolos y de alevosías; hombres que antes que dudar de la fuerza y de la validez y de la eficacia de sus ideas dudarían de la redondez de la tierra, y del sistema heliocéntrico, y de los postulados de la matemática, y del rigor de la lógica, y de las leyes físico químicas que regulan las transformaciones de la materia, y del orden y gobierno de la creación, y de la sabiduría y capacidad de la Providencia Divina. Estos hombres, pues, que guardan en su corazón y en su cerebro, con el celo con que una doncella casta y cogijosa guarda su virginidad, el tesoro de los principios porque se rigen las sociedades humanas desde el origen del mundo y el tesoro mucho más sagrado aun de las reglas espirituales porque deberían regirse dichas sociedades, han acordado juntarse en un pacto de concordia y en un compromiso de alianza, y fundirse y consolidarse como las partículas desligadas y extravagantes del hierro para formar palancas y mecanismos y producir fuerzas, y han determinado ir á buscar y á zamarrear á los escépticos que se han retirado á sus casas y se han aletargado en ellas como el oso en su cueva para despertarlos de su sueño, y han decidido alzar su tribuna en las aceras de las calles y clavar pasquines y pamphlets y periódicos en las es-

quinas para decirles en alta voz á los partidos republicanos y á los jefes de los partidos republicanos que andan en mala compañía, que van por malos caminos, que es necesario que acabe esa siesta del alma en que se hallan sumergidos hace tanto tiempo, ese sopor que embota sus potencias, esa pasividad, esa inercia morosa que atrofia sus músculos y anquilosa sus coyunturas y paraliza sus funciones sensacionales. Si estos hombres no son oídos, si su voz se pierde entre el polvo de las nubes del cielo sin que haya un eco que la repita, si su palabra no alcanza á agitar las copas de las arboledas de los paseos ciudadanos y las cabelleras de las bezas empederradas, si su acento inminente y profético en vez de ser escuchado con terror y con atrición es oído con futilidad como una jiga ó con hilaridad como un chiste, estos hombres se harán un currucho ó una co-roza con el papel averiado de los viejos programas y un taparrabos con la percalina tricolor de las viejas banderas, se pasarán por las narices á todos los jefes, santones, caudillos, jerarcas y dinastas de la política, y entrarán á saco en los antiguos partidos como lobos en un corral, como zorras en un gallinero, como culebras en un nido, como hurones en una gazapera, como milanos en un palomar.

En cuanto á los segundos, ó sea, en cuanto á los jóvenes, en cuanto á los nuevos, ya varía la cuestión. Ellos vienen llenos de brío, de incontenencia y de impiedad á lanzarse en medio de los combates cruentos y de las refriegas acérrimas; y vienen no á aliar las espadas gladiatorias y á conciliar los bandos hostiles, sino á hacer más vivas las discordias y más furios los enconos y más rudas las colisiones y más terrible el estruendo de las batallas mortales. Vienen con los ojos entumecidos de ira, con los puños cerrados y prietos, con la nariz encendida como un cometa, con la frente abrasada de calentura, con los dientes esplendorosos y acerados como un doble orden de lanzas, con la boca llena de palabras nuevas, con las espaldas cargadas de los destinos imprevistos de España, con los vientres preñados como sementeros, con los muslos trémulos y ardientes henchidos de naciones futuras, con los brazos tendidos como flechas que van á partir del arco, con las orejas tiesas como corceles que oyen encabritados el son de las tubas guerreras, con el pecho sudoroso y humeante, con la cabeza repleta de pólvora y de proyectiles y de metralla y de pensamientos explosivos como bombas de dinamita. El ruido de sus pisadas es como el rumor de una marcha de escuadrones cercanos; el timbre de su voz no se había oído jamás; y su lenguaje es una jerga monstruosa, una fabla rimbombante de giros disparatados y originales y de atrevidas y locas metáforas. Estos jóvenes son indisciplinados y desobedientes y voluntariosos y arbitrarios. Su cerviz no se curva nunca bajo el yugo, ni les ha silbado jamás el látigo en los oídos, ni la espuela ha desgarrado sus hijares, ni les han hincado en las plantas de los pies los clavos de las herraduras. Ellos no están dispuestos á acatar la autoridad de cualquier mamarracho que tenga la desfachetada de proclamarse y ungirse jefe, y para combiar la barriga delante de un hombre le exigirán que gane la preeminencia civil, no con discursos de elocuencia falaz, sino con actos de heroísmo en que se prodiguen el valor, la fortaleza y la sangre.

Unos y otros, los jóvenes impacientes y

voraces y los que traen á las lides de hoy máximas de nobleza y de experiencia veteranas, aspiran á que la política se haga con pasión y con fervor y con ansia y con violencia y con dureza y con crueldad, y á que España se salve á todo trance, aunque sea inmolando la paz y atropellando la piedad y sacrificando la vida.

ANGEL SAMBLANCAT

El timo de Capuchino

«Recuerdan ustedes del famosísimo presbítero D. Manuel Sánchez Capuchino?

Hace seis años *El Imparcial* dió la voz de Alerta sobre este sacerdote, que en paz de tragarse la Oja mayor con rabo y todo.

Por entonces fingió un milagro de la Sacratísima Virgen con objeto de atraer á los incautos. Y peseta sobre peseta reunió hasta 10.000 que le hacían falta no sabemos para qué chapuza.

Ahora, según *El Debate*, que le bombea cariñosamente, el P. Capuchino ha conseguido 30.000 realitos en buena pasta mineral, para la adquisición de unas campanas que piensa poner en una torre de cierta Iglesia á el patrocinio.

Capuchino, al decir del redactor de *El Debate*, tan pronto como tiene un acreedor en su casa, se hinca de rodillas, lanza unas salves á la Virgen, y á los pocos minutos una cartita con un fajo de billetes y una carta anónima en la que se hace constar el milagro de la Virgen.

Y todo esto contado en el siglo xx por un periódico católico que defiende la causa de Dios.

Y mientras tanto la Policía sin tomar cartas en el asunto.

Leo esto en *España Libre*, y estoy por retirarle el cambio, indignado al ver la manera despiadada con que saca al público los pequeños defectillos de un respetable ministro del Señor.

En buena hora lo diga, yo jamás me he atrevido á tanto con ninguno.

Y no habrá quien me pruebe lo contrario. Ni *España Libre*.

Herencia, frailes, tutores, y válgales Santa Rita

Del hecho daba cuenta la prensa del día en los términos siguientes:

Reclusión forzosa en Santa Rita

«En el Juzgado de guardia presentó Bonifacio Vera Hervás, tío carnal y protector del joven de dieciocho años, Eustaquio Rafael Pacios Vera, una denuncia de extraordinaria gravedad.

Parece ser que su sobrino posee un capital de setenta mil duros, entregado á la administración de un Consejo de familia. Había advertido Eustaquio Rafael irregularidades en la administración de su fortuna, y al recibir en los exámenes de Junio el grado de Bachiller, solicitó que se le otorgase la mayoría de edad.

El Consejo de familia negóse rotundamente á acceder á tal petición, y el interesado presentó una denuncia en la relatoría del Sr. Martínez Parío.

El Sr. Vera Hervás denunció anoche ante el juez de guardia, el hecho de que en la madrugada del 12 al 13 del actual, varios

individuos del Consejo de familia se habían presentado en el domicilio de su sobrino, y á viva fuerza se lo habían llevado al correccional de Santa Rita.

Según parece, trátase de una coacción ejercida por los parientes del muchacho, para evitar que prosperase su demanda de mayoría de edad.

No sabemos lo que habrá de verdad en todo ello, aunque tienen carácter semioficial nuestros informes.

En vista de tales antecedentes y otros más prolivos, el impío País toma pretexto para dar á los inocentitos Padres de la institución de Santa Rita este recorrido:

«Es inmoral é ilegal esa institución que amparan inconscientemente, por mal enterados, alto y verdaderos prestigios, como el difunto Silvela, los señores Azcárate, Las Treas y otros.

El sistema que se sigue en esa prisión correccional, exenta de la Dirección de Penales y del ministerio de Gracia y Justicia (aquí está la ilegalidad) es inmoral. No corrige Santa Rita, y la prueba la tienen los personajes católicos y conservadores que nan tentito la desgracia de tener que llevar allí á sus hijos, á pesar del freno religioso, de la escuela con Dios y del confesionario con padre jesuita. Lo que se hace en Santa Rita es desbravar potros juveniles, es cortar alas, es castrar generosos ímpetus, es atrofiar caracteres é imponer, como única virtud, la hipocresía.

Del antro de Carabanchel sale el que se doblega, el que disimula, el que se convierte en hipócrita regenerado, según los frailes valencianos que dirigen y administran el malito establecimiento.

Lo peor es, lo verdaderamente criminal es, que de esa nefanda institución se valen padres viudos y con querida, madres ligeras de conducta y, sobre todo, tutores abyectos, para encerrar allí á los menores para campar así por sus respetos, si no para robarles herencia y fortuna.

El caso de que ayer dimos noticia no es el único, aunque sea uno de los pocos que han salido á la superficie.

Suplicamos al ilustre Azcárate que se entere bien, y bien enterado, dejará de prestar su honrado nombre á una empresa inmoral y repugnante.

Después de leer estos cargos tremebundos, me toca sólo postrarme á los pies de Santa Rita pidiéndola su protección para sus frailecitos.

Muy lejos de compartir la indignación del colega, estas denuncias me convencen de la necesidad de los frailes.

Sin ellos ¿cómo se podrían verificar estos secuestros y estos cambios de herencia?

¡Oh, alta misión social de los Institutos religiosos! Me explico, me explico que fien en la Virgen del Carmen el capitán Sánchez y en Santa Rita los tutores.

Sin esa fe ¿cómo podrían verificarse ciertas maravillas?

Embrol o inexplicable

Dice *La Epoca*: «que *El Universo* revela curiosos antecedentes de la resolución dictada por la Dirección general de los Registros en 28 de Junio último, por la que se multó á un juez municipal como castigo á haber reusado el matrimonio civil á una pareja, cuya condición católica le constaba.

Se trata del juez municipal de Villargordo, D. A. Iriano Jiménez Párraga, y el caso ocurrido es el siguiente:

J. M. S. y su parienta A. T. M. vivían juntos.

Con objeto de librar á un hermano del

servicio militar, pensaron legitimar la unión, de la que habían tenido varios hijos, bautizados todos con las solemnidades sacramentales.

Para casarse solicitaron la dispensa del parentesco que entre ambos mediaba. El párroco procedió a la formación del oportuno expediente gratuito; pero el contrayente, creyendo que esto había de retrasar su casamiento, y aconsejado por cierto sectorio jienense, solicitó del juez municipal el matrimonio civil, que el juez denegó, por entender que los solicitantes eran católicos.

Pero lo más culminante del caso es que la dispensa canónica del parentesco había llegado a tiempo, y el 24 de Enero de 1913, J. M. S. y A. T. M. habían contraído matrimonio canónico.

Está, pues, claro que la pareja de Villargordo no debía contraer matrimonio civil, porque han seguido demostrando ostensiblemente estar dentro de la comunión católica.

El Universo califica de «multa de honor» la impuesta al juez municipal señor Jiménez Párraga y sobre en sus columnas una sus ripción, encabezada por sus redactores, para satisfacerla.»

Pero Universo católico embrollón: ¿se había casado canónicamente ó no esa pareja?

Si estaba casada canónicamente, lo estaba también civilmente, por ser ley del Reino el matrimonio canónico, que los jueces tienen el deber de presenciar y de inscribir.

Y si no estaba casada canónicamente, cayóse de un guindo el diario eclesiástico inventando esa novela.

La virgen de la Merced y el vicario de Zarauz

«La ignorancia de nuestros paisanos y la estulticia de algunos curas de aldea suelen poner con frecuencia la nota cómica en los actos religiosos.

En estos tiempos estivales, cuando la tierra muere de sed y los aldeanos se cansan de hacer calendarios, siempre surge la idea de llevar los santos en procesión hasta la vera de la fuente ó la margen del río, para que de esta manera indirecta comprenda el titular de lo que ha menester el labrador.

En achaques de meteorología rayan a la misma altura el párroco y sus feligreses; y entre la duda del pronóstico y la fe del creyente arman un galimatías que ninguno lo entiende.

La previsión del tiempo siempre fué motivo de grandes preocupaciones para nuestros labradores, que todo lo esperan del agua bienhechora que cae del cielo ó del sol que dora los frutos en sus heredades.

No teniendo, unos y otros, la instrucción suficiente para distinguir los fenómenos meteorológicos de los astronómicos, y sabiendo por experiencia que los almanaques predicen con toda exactitud la fecha anticipada de los acontecimientos celestes, creen que la movilidad de la atmósfera

debería estar sujeta a las mismas leyes y a las mismas exactas predicciones. Pero cuando yerra el vaticinio, ó les chasquea el cuarto de luna, ó la nube se esfuma y desvanece en las alturas, entonces se encomiendan a la munificencia de sus santos y los sacan de sus urnas para llevarlos al río.

Tal ha sucedido, en una parroquia vecina, con la virgen de la Merced.

Según me dijo una vieja agorera, que más de una vez ha notado en los aires ciertos signos apocalípticos, parece que el cura de su parroquia hace días que viene consultando el cielo y haciendo conjuros misteriosos para complacer á sus feligreses, que quieren á todo trance sacar en procesión á la virgen de la Merced, para que les arraje siquiera una buchada de agua.

Los aldeanos creen que esto de sacar los santos en procesión y venir el agua tras la rogativa es asunto de coser y cantar; pero el cura está escamado de otras intenciones, y antes de echarse á la calle, consulta y mira y sondea detenidamente el firmamento, ya por la noche ya por la mañana sorprendiendo la salida y el ocaso del sol y pidiendo parecer á la nube preñada de vapores ó á las piedras del zaguán, que son un higrómetro que no falla.

Por fin una mañana despierta con tos, dolor de huesos y abundante pituita que le cae de la nariz y culpa á su ama de que le ha quitado ropa del lecho.

—¡Recórcholis!—exclama—A esta mujer se le ha metido en la cabeza que va á dar tonicidad á mis miembros quitándome el cobertor, y va á conseguir que me acatare ó que me mate un torozón.

De pronto se acuerda del tiempo, de la procesión, del compromiso del agua, y salta de la cama, y abre la ventana, y se encuentra gratamente sorprendido con que una bruma densa y pegajosa sube del río y se extiende por toda la campiña.

A la hora del correo rasga la faja del periódico, y lo primero que encuentra su mirada es la noticia de que el vicario de Zarauz anuncia para el día próximo la llegada de una galerna.

—Galerna, galerna...—queda pensando el cura.—Yo he visto esto escrito por el vicario antes de ahora... *Galernus*. . . No; no es... *Galerus, galemus*... ¡Tampoco! ¡Rayos!... ¡eso es bonete, birrete...! ¡Si será el sombrero de copa que usan los señoritos en la Argentina! A ver el diccionario... Galerna! ¡bendito sea Dios! ¡Galerna! viento huracanado, borrasca, agua, ¡mucho agua!... ¡Esta es la fija!...

Aquel mismo día salía la procesión cantando rogativas y llevando en medio á la virgen de la Merced, que iba diciendo sí, sí, no, no, con el cuerpo y la cabeza, al compás de los movimientos irregulares de los que llevaban las andas. Y, cosa extraña, que descompuso el semblante del cura con un gesto de amargor; á medida que iba avanzando la procesión, el cielo se iba aclarando, la niebla se disipaba en la atmósfera, y un vientecillo que se levantó del Nordeste fué poco á poco tomando velocidad, hasta que terminó por barrer el cielo dejándolo limpio como una patena.

Hasta la fecha no ha caído una sola gota... de agua ¡porque vino es mucho el que cae estos días en las romerías!

En resumen: El cielo despejado, el sol ardiente como el del Ecuador, y el viento soplando desde el Nordeste á carrillo lleno.

Lo que dicen que dijo el cura á un colega suyo:

—Cuando el tiempo quiere venir torcido, ni el vicario de Zarauz ni la virgen de la Merced, ni el mismo demonio que lo enderece.

JULIO POL

Tierra Gallega

Ejemplo que imitar

Varios ciudadanos estaban sentados alrededor de una de las mesas del Centro Instructivo Republicano de Vinaroz.

Aparece una procesión y al ver que no se arrodillaban siquiera, abandona el cura los santos cual si no tuviese que guardarles consideración alguna, y se dirige á ellos seguido de un lacayo con cecaj carcatólico.

Ordénales que se descubran, y ellos, sin alterarse lo más mínimo, siguen comentando las noticias del periódico que leían.

Furioso entonces el ministro del Señor, comienza á echar por aquella serífica boca sapos y culebras, amenazando con hacerles y acontecerles; pero ellos, con la tranquilidad del que está en su derecho, le ruegan que sea más respetuoso con quienes para nada se habían metido con él y continúe en su santa faena.

Y mi párroco se dirige renegando á donde estaban las imágenes que descorresamente había abandonado.

Así, así; nada de incomodarse y gritar cuando un cura nos arremeta; sería igualarnos á ellos: calma, serenidad y á sostener con firmeza nuestro derecho.

Sin olvidarnos nunca de que muchas veces se pierde la razón por la manera de demostrarla.

Hace falta un libelo...

La literatura de los tiempos esclavos tiene cadenas como las almas...

¡Ojalá existiese hoy el libelo!

Si hubiese hoy un libelo en España, habría hoy en España una Redacción de jóvenes, de verdad patriotas, de verdad españoles.

Lo que debe entristecernos es el que no haya un libelo, el que no haya libelistas, el que no haya quien se impresione tanto por los males de la Patria que se sienta capaz de auspicar la publicación de los libelos redentores.

¿Qué es un libelo?

El libelo es la tribuna de los libres; es la justicia del momento; es un grito del alma popular que arenga á la actualidad; es toda la cclera de una época, desencadenada por la inexorable justicia de la hora sobre los excesos triunfantes de los hombres.

El libelo es digno compañero de toda hoja de publicidad, porque lo es de la Historia, y porque ha redimido á los esclavos, porque ha libertado á los oprimidos, porque ha ayudado, más y mejor,

que ningún otro sistema, al advenimiento de la libertad.

El libelista es: Ezequiel, el vidente; Aristófanes, el sonriente; Alighieri, el místico; A'fieri, el solitario; Hugo, el enorme y glorioso.

Y adoramos nosotros, con valentía, a estos dos últimos maestros libelistas: Zola, acusando; Guerra Junqueiro, divinizando la injuria.

Lo definió así, con silueta de hierro, el gran libelista Vargas Vila:

El historiador es justo.

El libelista es justiciero.

La historia hace justicia.

El libelo ajusticia.

El historiador es la voz.

El libelo es el grito.

Y comparándolo con la Prensa, digamos, con seguridad de verdad: el llamado periódico espera la justicia: el llamado libelo la hace.

El periódico es grave, como una voz sacerdotal.

El libelo es fiero, como una sentencia marcial.

Aqué! es justo.

Este justiciero.

El primero condena.

El segundo ejecuta.

El periódico es juez.

El libelo es verdugo.

Y es rayo y es hacha.

Su resplandor no ilumina sino a la cabeza que corta...

En ese alto sentido del vocablo y de la historia, el libelo es hoy una necesidad de la época, y el libelista sería un redentor.

Frente al ditirambo y a la lisonja a menudo; frente a la dialéctica vil; frente a la pluma voraz de los escribas, y frente al triunfo soez de la vejetación lírica, sólo puede alzarse, vengadora, redentora, salvadora, la elocuencia bélica; sólo puede imponerse el libelo; sólo pueden luchar las plumas que sean armas y los escritores que sean combatientes.

En nuestro medio político, miserablemente petrificado en la incultura, en la corrupción, en el desenfreno, en el odio, en la ambición desmedida y grosera, y en la vil degradación de los cuerpos y de las almas, solamente puede asegurar esperanzas de reformación un libelo, un libelo alto y fuerte, noble y vigoroso, altivo y omnipotente, en cuya tribuna puedan vibrar y cantar las almas de los libres, en un estremecimiento luminoso, en una rima sonora de cólera, de venganza y de castigo.

ÁNGEL DE GREGORIO

Cura perfecto

Leo en *El Tribuno* de Las Palmas (Canarias) algo referente al párroco de Valleseco, que lo acredita como uno de los buenos ejemplares de la especie.

Dice de él, que ha adoptado el sistema de cerrar todas las puertas de la igle-

sia, menos una hoja de la principal. cuando termina la misa, y plantarse bonete en mano pidiendo dinero a los fieles para sostenimiento del culto.

Que si pasa una jovencita y le dice: «No llevo dinero», el párroco responde: «Mira como lo tienes para polvos de arroz y perfumes.» Si la interesada lleva velo, por ejemplo, esa prenda es blanco de las ironías del tonsurado: «¡Tanto velo, y no tiene una perra para la iglesia!» —exclama.

Y no paran aquí las cosas.

Se presenta en casa de los vecinos que tienen vacas, a la hora de ordeñar, y les pide una medida de leche y un poco de gofio, que se engulle fresca y tranquilamente, largándose después sin preguntar siquiera si debe algo. Algunos propietarios de vacas han adoptado el procedimiento de negarle la medida de leche y ocultarse para ordeñar las vacas.

No encuentro nada que censurar en la conducta de ese sacerdote; y si los vecinos de Valleseco no tienen otras cosas que decir de él, pueden envanecerse de poseer uno de los mejores que existen en España.

¡Un cura que sólo se propasa a pedir perros chicos y beber leche! ¿Qué más quisieran en todas partes si no tropezar con uno así?

Hay gentes muy descontentadizas.

Frailes y mineros

El ingeniero M. Say, que dirigió los talleres de carbonización de Mieres, marchó a Francia a dirigir las minas de Escarpell, donde se encontró con que el número de obreros no respondía al desenvolvimiento que exigía la riqueza de las minas. Esto, y la llamada ley de los tres años, que necesariamente habrá de restar brazos a la industria, movió a M. Say a dirigirse a Asturias en busca de operarios.

Hizo dos viajes, uno en Febrero y otro en Mayo, llevándose 15 mineros en el primero y 42 en el segundo.

La noticia circuló por los demás cotos mineros del Norte de Francia, y dió lugar a que viniese a Asturias, en representación de las minas de Courrières y Montigny, M. Rodolph Ravoil, acompañado de un intérprete.

Para que la leva fuese más amplia, enviaron circulares a los cotos mineros de Mieres, Langreo, Arnao y Aller, ofreciendo a los mineros de la clase de picadores —por la jornada habitual de nueve horas— siete francos diarios, término medio.

Los contratos fueron hechos directamente por el Sindicato minero de Francia con el Sindicato minero de España.

La última expedición marchó en un tren especial, compuesto de seis coches de tercera. En junto emigraron unos 600 obreros, la mayoría con sus familias.

La prensa asturiana expone que el problema grave para las minas, con carácter de conflicto, es que los agentes franceses

sólo quieren llevarse picadores, que es precisamente la operación más difícil de aprender, y la más útil en las minas.»

No encuentro mejor comentario a esto, que copiar la respuesta que da El Sindicato de los Obreros mineros asturianos; limitándome a decir por mi parte lo siguiente, a los que se lamentan de que la producción de carbones en España quedará en mal estado si los buenos operarios que tenemos se marchan al extranjero:

«Y eso ¿qué importa? Mientras no nos falten frailes y curas, no hay nada que temer. ¿Que no hay carbón para la industria ni la cocina? Pues todo el mundo a rezar para ganar el cielo, y a hacerse cruces en la barriga para ir cuanto antes a disfrutarlo. El tránsito por esta vida deleznable no tiene otro fin que el de hacer méritos para alcanzar la eterna.

Los franceses están locos. ¡Mire usted que expulsar frailes es importar mineros! Dios ciega a los que quiere perder.

Nosotros, nosotros sí que sabemos lo que nos traemos entre manos: importamos frailes para tener propicio al cielo, que es lo que hace falta en la tierra, mientras Francia importa mineros. ¡Mineros! ¿para qué los necesitamos?

Ni siquiera para que el color negro predomine. No se dan veinte pasos sin tropezar con treinta curas. ¿De qué mina salen esos? me pregunto a veces. Pero al verlos entrar en la iglesia, rectifico. «No salen de ninguna. Van a la suya».

La más rica de todas, porque produce el metal ya acuñado y todo.»

Y dicho esto, allá va el Manifiesto:

El Sindicato de los obreros

mineros asturianos

A TODOS LOS MINEROS DE ASTURIAS

Trabajadores: Con fecha 29 de Junio, este Comité Ejecutivo, por acervo unánime de nuestra última asamblea, remitió a los patronos mineros de Asturias una comunicación en la cual se les pedía un minimum de salario de 5 pesetas 25 céntimos para los obreros mineros; 4,25 para los obreros peones del interior; 3,75 para los del exterior; 4,50 para los obreros de oficio, y 2,25 para mujeres y pinches, comunicación a la cual todavía no ha contestado ningún patrono.

La miserable situación en que vivimos; la inhumana forma en que nuestro trabajo se retribuye y el peligro constante en que diariamente tenemos nuestra vida, no hubieran sido lo suficiente, con ser mucho, para habernos obligado a hacer hoy esta petición a la clase patronal, si nosotros hubiéramos entendido que la industria minera en Asturias no estaba en condiciones, sin grave perjuicio para el desenvolvimiento de sus productos en el mercado al hacer un cambio radical en la forma retribución al trabajo que nosotros creemos ha de implicar un progreso para ella y un relativo bienestar para la clase trabajadora.

Nosotros vemos que los carbones se cotizan hoy de seis a siete pesetas de aumento en tonelada con relación a los precios de años anteriores, y que el 10 por 100 que hace un año se nos concedió, ha desaparecido casi totalmente en la mayoría de las empresas; y esto, acompañado a la carestía de los artículos de primera necesidad, forma ese malestar y miseria tan grande en nuestros hogares, que se manifiesta en el éxodo de obreros que pasando mil calamidades y vejámenes, emigran con sus familias a otros países, en donde trabajando también en las entrañas de la tierra, tienen la seguridad de poder dar pan a sus hijos.

Nosotros vemos que el día que más hemos trabajado y más en peligro hemos puesto nuestra vida, regresamos a nuestros hogares sin haber ganado nada; que a causa de la forma de retribución inica a nuestro trabajo, la mitad de la producción queda enterrada en la mina; y que ha llegado a un grado tal de rebajamiento y se ha prostituido de tal forma el trabajo, que hoy ya no se mira al obrero idóneo, sino a aquel desgraciado que presenta la recomendación del cacique para poder entrar a matarse en el infierno, o aquel otro que espía y lleva cuentas, o bien hace regalos de jamones o pollos a algún miserable que, si al tomarlo preguntara a su conciencia, le diría que los hijos de aquel esclavo se habían quedado sin comer aquel día.

Queremos el mínimum de salario, porque él ha de traer la tranquilidad a nuestro espíritu y la seguridad a nuestros hogares de que con el esfuerzo de nuestro trabajo llevaremos pan para nuestros hijos.

Entendemos que lo que pedimos es justo, es razonable y es humano; entendemos también, que aparte del estado de prosperidad en que hoy se encuentra la industria minera, para la clase patronal será beneficioso el concedernos ese mínimum, pues él implica un progreso, un saneamiento en la verdadera disciplina del trabajo, y un mayor beneficio en el desenvolvimiento de sus intereses.

Pero si a pesar de toda la razón que nos asiste, la clase patronal nos desprecia y nos lanza a una lucha siempre deplorable para todos, a ella iremos, no sin antes procurar con toda nuestra buena voluntad evitarla, para de este modo, cuando ella llegue, las responsabilidades vayan a recaer todas sobre aquellos que ahitos de grandezas y placeres, nos niegan el derecho a vivir una vida de hombres, queriendo sólo perpetuar nuestra miserable vida de esclavos.

Mientras esta lucha llega llevemos a nuestro convencimiento que ella ha de ser dura y que para su triunfo necesitamos emplear todas nuestras fuerzas y energías.

Hagámonos todos paladines de esta santa causa que vamos a defender, pues ella representa el bienestar de nuestros hogares y la base firme de nuestras futuras reivindicaciones.

Nosotros os aconsejamos que no os entreguéis a la emigración, pues ella también nos da sufrimientos y dolores, hasta que demos la gran batalla; y si en ella el egoísmo y la maldad de los opresores hace triunfar la injusticia y la arbitrariedad ahogando en sangre y desesperación nuestras quejas, entonces no marcharéis vosotros solos, sino que todos unidos ofreceremos nuestros brazos a cualquier país en donde seamos más felices que en esta desgraciada nación en que nacimos.

¡Arriba, mineros asturianos!

¡Viva el mínimum de salario!

Por el C. E.—El presidente, *Aquilino Barragán*.—El secretario general, *Manuel Llana*.

Metamorfosis

«Todo cambió en esta vida. Hasta el cristianismo, que antes fué patrimonio de los humildes, es ahora divisa de los poderosos. Los humildes buscan otros caminos para mitigar sus desgracias, cansados ya de ahogarse en el «valle de lágrimas». Y lo que antes fué remedio para aliviar pobreza, va siéndolo ahora para conservar riquezas. ¿Qué más puede pedir el gran señor, sentado en blando sillón después de opíparo banquete? Conquistada esta vida ¿qué más puede pedir que la seguridad de conquistar la otra?

Pero el humilde, no; para ganar la vida el tiempo todo es poco, y no le que-

da lugar para mirar al cielo. Y así van quedando solos los poderosos y los eclesiásticos; éstos asegurándose la otra vida a aquéllos, y aquéllos asegurándose la existencia a éstos. Es una permuta de poderes. un trueque de garantías, un toma pan y dame cielo. ¡Ob, si aquellos cristianos muertos en los circos romanos hubieran sabido que su idea iría a germinar en los corzones de las fieras que los devoraban!...»

D. MONTELADO.

El escándalo de la guardia suiza

L'Osservatore Romano publicó el día 23 una carta del cardenal Merry del Val, dirigida al coronel Repond, jefe de la Guardia suiza del Vaticano.

El secretario de Estado del Pontífice dice en ella que Pío X está afligidísimo por la actitud de dichas tropas. Nunca pudo esperar que los soldados de la católica Suiza pisotearan las gloriosas tradiciones del Cuerpo. Si tenían motivos de queja pudieron presentarlas a Merry del Val, siguiendo los trámites jerárquicos, antes que amotinarse, o pudieron también abandonar sus puestos sin violar la disciplina.

(Al leer esto un exguardia suizo comenta: «De arriba hemos aprendido a violar la disciplina y a retener los puestos y los gajes... ¡Quién más indisciplinado que el Papa!»)

Añade el documento que en vista de la gravedad de las repetidas insubordinaciones, el Papa ha ordenado que los suizos que se nieguen a someterse a la disciplina se marchen del Vaticano, evitándole así la grandísima pena de tener que disolver el Cuerpo, por el que siente paternal predilección.

(Y dice el suizo: «esto es una maña del español Merry del Val, que debe intentar traer los requetés de España.»)

Repond leyó la carta a los soldados, formados en el patio de Belvedere y vigilados por oficiales armados de revólver. (Esto no lo hacía Cristo en la Cruz: sino Herodes con los sayones.)

Inmediatamente de leída la comunicación, el coronel expulsó a tres suizos que se consideran promovedores de los motines.

Los compañeros, aunque disgustadísimos, se retiraron silenciosamente a su cuartel. El capellán, monseñor Correggioni, les había previamente dicho que, en caso de que se rebelaran de nuevo, todos ellos serían conducidos por la policía italiana a la frontera suiza.

(¡Terrible castigo para un ciudadano vaticano, el de verse sometido a las leyes suizas!)

Acordaron los soldados pedir una audiencia al cardenal Merry del Val y no les fué concedida. Entonces decidieron persistir en su agitación por solidaridad con los expulsados; pero éstos, agradeciéndoles la prueba de compañerismo, les aconsejaron someterse. Los suizos,

sin embargo, aclamaron a los que se iban, les ayudaron a hacer sus equipajes, y bajaron a despedirlos hasta el portal de bronce del Vaticano, donde estaban un comisario y varios policías italianos.

(Funcionarios del Rey excomulgado, hechos *brazo secular* del Papa excomulgador... Ninguno de los dos podía llegar a menos memoria ni a más convencionalismo).

Los expulsados subieron a un coche y saludaron a sus colegas levantando los sombreros; el vehículo se puso en marcha mientras sus ocupantes daban un viva a Garibaldi y cantaban la Marsellesa, y la multitud de curiosos que se había aglomerado a verles partir aplaudía y comentaba chistosamente el suceso.

(He aquí los alumnos educados por el Vaticano; comulgan de mano del Pontífice, cantando el *Tantum Ergo* por fuera y la *Marsellesa* por dentro... ¿Si hará lo mismo el cardenal Merry del Val?...)

Los tres ex guardias pertenecen a distinguidas familias de Friburgo, donde habían estudiado la abogacía; se encuentran en la imposibilidad de repatriarse, porque sólo poseen entre todos seis liras; hoy mismo han enviado a los periódicos una carta en que expresan su honra veneración al Papa y su indignación contra el coronel Repond.

Esta noche han abandonado voluntariamente el Vaticano ocho soldados más y mañana se irán otros.

Se afirma que en el Vaticano se ha descubierto un complot fraguado contra la vida del coronel. Los suizos tenían escondidos treinta cartuchos para acabar con la vida del odiado jefe.

La Prensa comenta extensa y burlonamente el suceso y vaticina el próximo relevo de Repond, causante de los lamentables escándalos.—TEDESCHI.

EL MOTIN solicita del Pontífice la continuación de este excelente coronel, víctima de los ímpios garibaldinos disfrazados de suizos.

Patriolismo aristocrático

Detención importante

«Milán, 20.—El conde Morrotto della Rotta fué detenido esta mañana en su domicilio.

Según se dice se le acusa de haber proporcionado al Gobierno austriaco planos y proyectos del Estado Mayor italiano.»

Es lástima que no pertenezca al pueblo ese traidor a su patria, por que daría un argumento formidable a los republicanos que se van a la monarquía.

Del mundo clerical

Los curas de aquí se han propuesto no proporcionarnos ningún buen rato. Como si se enmendaran...

Esa es la acción directa de Nakens, que se ha empeñado en moralizar al clero.

Y va á conseguirle, por extraordinario que parezca.

Un mi amigo, librepensador él, buen ciudadano, excelente esposo, y prolífico padre de familia que le hace puntas al rey de España, pues en ocho años de matrimonio ha engendrado siete hijos, que viven todos sanos y buenos, alegres y felices, «sin haber recibido el remojón expiatorio de ajenas culpas», me decía días atrás.

«España sería en materia de clericalismo una balsa de aceite con sólo que se adoptara esta idea mía: Suprimir todos los *Boletines Eclesiásticos*, y publicar en su lugar en cada Diócesis un *Motín*.»

Aplaudí la idea y le recomendé que se la propusiera á Romanones, con una sola añadidura: que los Nakers, redactores de esos *Motines*, se ensañaran más contra el régimen que contra los republicanos.

Y no porque haya ninguno de ellos libre de culpa ni limpio de pecado, sino porque... por el sistema de la pulverización y el atomismo no vamos á ninguna parte, nos quedamos en casa, como estamos, agravando cada día el malestar.

Y los que ya nos vamos, debemos pensar en dejar á los que quedan, siquiera una esperanza.

La acción purificadora de El Motín se ve que no ha llegado á Ginebra.

El mundo católico de la ciudad suiza está conmovido, más que eso, consternado, por un grave escándalo del que es autor un católico de los de *upa*, nada menos que el señor G. Schiebli, tesorero del Sínodo Católico Nacional, acusado del desfalco de doscientos mil francos, cantidad que recibió del Síndico Collex Bossy, á título de donación para la Iglesia de «Nuestra Señora».

La policía anda tras el católico irregularizador, y es de esperar que Schiebli calga en manos de la justicia, pues la policía de allá no es como la de aquí, ciega y apta sólo para repartir palos de *idem*.

Dice Hiram Maxim, un político chino, que Li Hung Chang, que pasa por ser el hombre público más talentado de su país, emitió esta opinión:

«Los chinos no pueden comprender cómo hay hombres que fueron capaces de construir locomotoras y buques movidos por vapor, y tengan una religión basada en la creencia del diablo, de los espíritus, en milagros absurdos é imposibles y en todas las demás enormidades que los misioneros enseñan.»

¡Hasta en China van conociendo á los clericales!

También los van conociendo en Buenos Aires, no obstante la levadura hispano católica que en aquella República dejamos.

Según el diputado señor Palacios, en 1912, de 10.311 casamientos efectuados, sólo 4.813 fueron religiosos.

La Iglesia puede decir como el inglés del cuento: *Otro borico... que éste se acaba.*

Porque el negocio de Lourdes parece que anda mal y á punto de quiebra.

Y termino con una leyenda italiana que allí se titula «El diablo y el viento.»

En Roma, frente por frente de la iglesia de Jesús, servida por jesuitas, reina siempre terrible ventolera.

La razón del fenómeno es la siguiente:

Un día el Diablo y el Viento salieron á pasear juntos por las calles de Roma. Al llegar frente al colegio de los jesuitas el Diablo se detuvo y le dijo al Viento:

—Espérame aquí un momento; he de decir algo á unos amigos que habitan en este colegio.»

Pero una vez estuvo en la casa de los jesuitas se encontró tan á sus anchas, que nunca más salió de ella.

Y el Viento todavía continúa esperándole, un tanto rabioso.

PIO DIEZ

El Progreso.

Adjetivo mal aplicado

Por las columnas de la Mala Prensa ha circulado esta noticia:

«Se habla de un extraño suceso ocurrido en la iglesia de Santa María del Mar»

Con motivo de la instalación del alumbrado eléctrico, los obreros hallaron en un hueco de la pared una caja de madera con un feto y en otro hueco una cesta de dos tapas con otro feto envuelto en papeles y rellena la cesta con cal viva.

El Jurgado ha comenzado á instruir diligencias.»

No sé por que llaman *extraño* á un suceso tan natural y sencillo.

Conviendría que los periodistas nos fijásemos un poquito más en la significación de los adjetivos que empleamos.

Desde Antequera

El escándalo en un convento.—Una huérfana embarazada.—Las monjas tratan de ocultarlo.

Señor Director de *El País*.

Querido y distinguido correligionario: En los primeros días del pasado Junio circuló la noticia de que en el convento don de residen las huérfanas, regido por monjas, una asilada había sido violada. Los hermanos Francisco y José Zurita, fueron llamados por la superiora en la fecha citada, para notificarles que á su hermana Socorro se le había presentado un tumor en el vientre y había necesidad de hacerle una operación, y que, como en este hospital se carecía de instrumental y de médicos, habían dispuesto llevarla á Granada, y se lo avisaban para si querían despedirse de ella, porque su estado era grave. Los hermanos me dicen que se quedaron atónitos al escuchar á la superiora con la dolorosa impresión de lo relatado, y como es natural, mostraron deseos de ver á su hermana; pero la monja les dijo que en el momento era imposible, porque estaba descansando; que volvieran otro día. Al día siguiente, y á la hora de visitas, se personaron otra vez los hermanos en el establecimiento, no consiguiendo más que la respuesta anterior; pero al día siguiente, cuando fueron

con el mismo objeto, recibieron la noticia de que ya estaba camino de Granada.

Los hermanos, con estos incidentes, ya se dieron cuenta de la desgracia de su hermana—ellos son los que hablan—, haciendo constar que la huérfana es muda de nacimiento; que á la edad de siete años, que se quedaron sin padres, ingresó en dicho establecimiento; sabe leer y escribir, y está impuesta para todos los quehaceres domésticos.

Como sería en mí muy doloroso el hacer comentarios de este hecho escandaloso, cada cual haga el que quiera, limitándose á exponer los hechos tal como los honrados Zurita me lo exponen, y extractando las cartas de su tía.

«Granada, 9 de Junio de 1913.

Querido sobrino: Ayer recibí la tuya y hoy mismo he ido al Hospital para enterarme del estado de tu hermana Socorro; efectivamente, está embarazada. Ella me conoció enseguida, rompiendo en llanto, y me dicen las monjas que así está de día y de noche.

Al preguntarle quién había abusado de ella, díjome que estando lavando, un señorito la agarró y la metió en el retrete, forcejeando y amenazándola con una tabla; como no podía gritar, la atropelló brutalmente. Esta es la explicación que da del hecho.

La monja que vino con ella ha vuelto á Antequera.

Te prevengo que las monjas de este Hospital, apenas se enteraron de que yo era su tía, me encargaron mucho que no dijera nada: de suerte que temen se haga público, y amenazan á la muda con encerrarla para que no diga nada. Frasquito, esto no debe quedar así; ve á un abogado y que sepa quiénes son las monjas. Hoy mismo pones la denuncia.

Tu tía, Ana Montero Pasaro.»

Granada, 12 de Junio de 1913.

Querido Frasquito: Hoy he ido al Hospital y he visto á Socorro; le presenté tu carta para que la leyera, y no hacía más que gemir; entonces le dije que se fijara en el nombre que viene en la carta, señalándole el abdomen; contestándome que sí, que se llamaba Rogelio; que como verás va puesto de su puño y letra, más rubricado. Otra vez insistí para que me explicara el percance, y dícame que salía del lavadero con dos cubos de agua, y que él que la deshonró salió del retrete, cogiéndola por la espalda, tapándole la boca con un pañuelo, empujándola al retrete.

Me dice que las monjas, cuando salga de su cuidado, tiran la cría, y ella no quiere, y me ruega le compre cosas para lo que venga. Te digo esto para que me digáis lo que vamos á hacer con ella, porque está en cueros; no tiene más que lo puesto, y dice que tiene en ese Hospital un baúl de ropa lleno. Le faltan dos meses para el alumbramiento; contestarme con lo que haya.

Vuestra tía, Ana Montero Pasaro.»

«Granada, 23 de Junio de 1913.

Queridos sobrinos: Ayer fuí al Hospital á ver á la muda, y me enteré de que á pesar del tiempo transcurrido no le han tomado declaración. Esto es inconcebible. ¿Se quedará este delito impune por danzar en él monjas y sotanas? Me dicen las monjas lo que se piensa hacer con la huérfana, pues está en el noveno mes y pronto saldrá de su cuidado, y si la mandan al convento. Ella da á entender que se quiere venir conmigo, y no me puedo hacer

cargo de ella, pues como saben ustedes tengo que trabajar para buscarme la vida; y además me digan, si la mandan al convento, qué se va á hacer con la cría, y no quiero ir más al convento. Oí digo todo esto, porque sé que en seguida que dé á luz la dan de alta en el Hospital, y tiene que salirse, y por eso las monjas quieren saber lo que se va á hacer con ella...

Me contesten enseguida. Vuestra tía, Ana Montero Pasaro.

No creo que sea menester excitar el celo del digno juez de instrucción, que tantas pruebas viene dando de rectitud é imparcialidad en el desempeño de su cargo, por más que, como dicen los hermanos de la desgraciada muda, hay sotanas y monjas de por medio; pero como caros como éste están ocurriendo continuamente y las influencias de los clericales son tan hondas y tienen tantas raíces, no es de extrañar que tengan el consiguiente recelo, del que participa el pueblo. Así es que para desvanecer recelos el Juzgado trabaja, y á mi juicio pronto se aclarará el misterio y se cumplirá la ley. Eso esperamos del digno juez de instrucción.

Suyo affmo. y s. s. q. s. m. b., Gaspar del Pozo.

Julio, 21 de 1913.

El País

Libro nuevo

Lo que siento y lo que pienso (frases y párrafos), por Federico Hernández Alejandro, con un prólogo de Antonio Zozaya.—*Dos pesetas.*

El eximio prologuista elogia el libro, á pesar de no ser partidario de los de *Máximas*. Después de haberlo hojeado á la ligera, soy de su opinión.

Y para dar una idea á mis lectores de lo que el libro es, á continuación publico algunos de sus pensamientos.

«El hombre no debe llamarse independiente ni por el poder ni por los honores ni por las riquezas; tiene independencia cuando nada solicita. Un príncipe puede ser siervo como un menestral independiente. Todo consiste en contemplar las grandezas humanas con perfecta indiferencia, sin codiciarlas.

Los hombres parecen más inclinados á admitir el error amparado por el tiempo, que á aceptar la verdad desprovista de la sanción de los siglos.

A los que el vulgo llama *hombres ilustres*, y no son, en general, más que audentes afortunados, no bien se inicia para ellos el hado adverso, les sucede frecuentemente lo que á las viejas torres feudales: que en cuanto se desprende un sillar es casi inminente la ruina.

Para muchos, la buena fama dura lo que dura el cargo; y el mérito que se atribuyó al afamado, generalmente se cambia en descrédito, propagado por los mismos que ayer ensalzaron á aquél á quien hoy deprimen.

Hay que reconocer que la Roma antigua tuvo una gran virtud: la de no matar al germano porque éste adorase á Olhímn y no á Marte, á Hertha y no á Cibeles. Roma fué tolerante; fué más, fué sabiamente liberal y amolía para admitir en su Panteón las deidades de todos los pueblos.

Roma, la misma Roma de Tito y de Diocleciano, no destruyó Jerusalén porque fuera ciudad judía, ni echó á las fieras á los galileos porque creyesen en otra divinidad, sino porque á los unos consideraba rebeldes y sediciosos á los otros.

No entró á morir en el Anfiteatro un solo cristiano porque la diferencia de religiones constituyera un crimen; no las creencias, sino la política, fué la que engendró la tiranía y crueldad de los Cesares para con los primitivos mesianistas.

Roma pa'ana no arrojó al fuego á ser humano alguno porque éste dudara de que Minerva saliese de la cabeza de Júpiter, ni porque discutiera sobre si fueron doce ó solamente once los trabajos de Hércules.

Durante siglos y para millones de hombres no ha habido más grandes crímenes que aquellos que se cayeron cometidos por el pensamiento, y que no tuvieron otra realidad más que la concebida por el oscuro cerebro y sentida por el cruel corazón del inicuo juez.

Si fuera posible contarlas, quizás fuesen más las víctimas de las guerras de religión sostenidas en Francia y en los Países Bajos, que las causa las por Alejandro y César en las de conquista.

En esa estadística lúgubre y sangrienta las frases de fraternidad y amor pronunciadas por un mártir, á pesar de tenerlas siempre en los labios los contendientes, no se encuentran escritas.

Unos buscaron la tolerancia en Roma, y sólo hallaron á Gordiano Bruno; otros en Ginebra, y vieron á Servet. Decepcionados por la crueldad de los hombres, pidieron todos á la razón el respeto á sus creencias.

En la Historia no se registra más infame hipocresía que la de aquellos hombres que condenando á muerte á sus semejantes, recomendaban á otros hombres, los verdugos, clemencia para las víctimas.

En materia de verdades religiosas hay que tener presente que la Humanidad cuenta más de veinte siglos.

Sería injusto pensar que los centenares, millares acaso de generaciones que en la vida precedieron á ese período de tiempo estuvieron sin Dios y sin Moral, y que solamente nosotros, por caprichoso privilegio, estamos en la posesión de la Verdad y del Bien.

Cuando ha existido un Buda, es preciso admitir que antes hubo amor y fe; cuando ha vivido un Zenón, no es posi-

ble negar que las ideas eternas de lo justo y de lo injusto, de lo bueno y de lo malo, también entonces tuvieron realidad.

El exclusivismo en religión conduce al absurdo.

Si tan largo me lo fías...

—«Padre nuestro, que estás en los cielos...

—¿Qué haces?

—Estoy pidiéndole á Dios el pan cotidiano. Dios es mi única esperanza.

—¿Estás loco? ¿El cielo no es esa esfera azul en la que gira el sol?

—¡Justo!

—¿Y sabes la distancia que hay del sol á nosotros?

—Ciento cincuenta millones de kilómetros.

—Y sabes con qué velocidad se propaga el sonido?

—No lo sé.

—A una velocidad de 336 metros por segundo. Tu plegaria necesitaría 455 millones de segundos ó sea la bagatela de 14 años y medio para llegar al Cielo: así que si tu esperanza depende de ese telegrama rápido celestial, ya estás fresco.

—Pero Dios nuestro padre está en todas partes.

—Sí, pero tu ruegas al «padre nuestro que está en el Cielo».

La celda núm 7.

Precio: DOS pesetas

Dios ante el sentido común

Por el cura Juan Meslier

Se ha puesto á la venta la sexta edición de esta célebre obra, agotada hace tiempo.

Precio: UNA PESETA

El Esperanto AL ALCANCE DE TODOS

por
Julio Mangada Rosenorn

Sencillo método para aprender el idioma auxiliar internacional, cuyo progreso es cada vez mayor por su extremada facilidad y los grandes beneficios que reporta.

3 reales ejemplar, de los que uno quedará á beneficio de *La Cruz Roja Republicana* y otro para los correspondientes. De venta en esta Administración.

LA RELIGION
al alcance de todos
Una peseta

IMPRENTA: LIBERTAD, 31. — MADRID